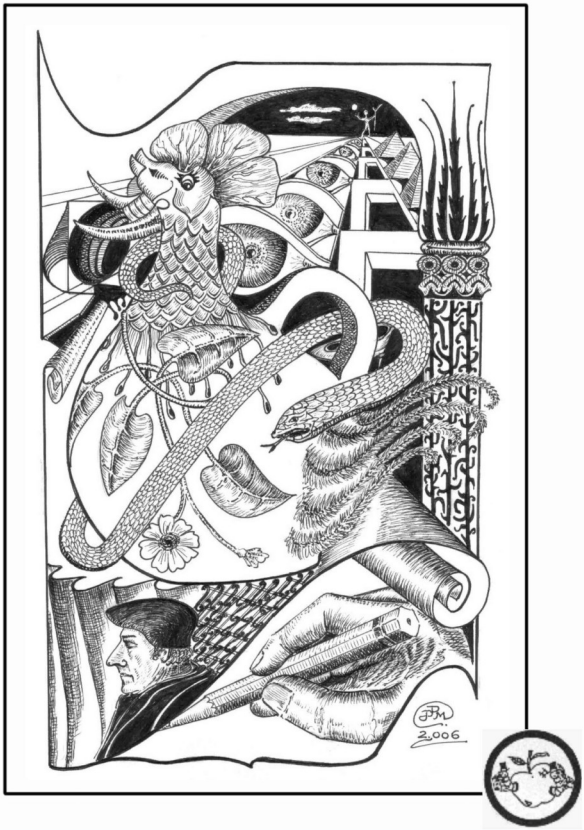
MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA



MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA

Redactores: JLM y JCJ. Nº20. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Antes que nada, una obviedad. Nosotros estamos locos. De otro modo no nos embarcaríamos una y otra vez en la ridícula aventura de escribir frases que se pierden en la nada, con la esperanza de penetrar en oídos amigos –o que no lo son- y calar en cerebros que se impregnen de nuestra fe.

Es una asunción necesaria. Una declaración de principios como aquélla de nuestros ya lejanos comienzos. Aunque tan necesaria como intrascendente.

¿Importa algo que uno asuma su locura? ¿Sirve de algo que uno afirme tajante su cordura? Más bien no. La locura, la sensatez, pueden tener un sentido absoluto, más o menos objetivo, pero más bien parece que locura y cordura se construyen por comparación, por inserción en un grupo humano, en una sociedad. Cualquier individuo de nuestro mundo moderno pasaría por loco o algo peor en otra época, tal vez tan sólo en otro país con diferente cultura.

A veces uno, pesimista, da en pensar que el tiempo actual es una fábrica de locos. Cada vez hay más neuróticos, lunáticos, dementes. O tal vez sólo se los ve mejor. Es fácil recurrir a aquello del viejo tiempo mejor que el presente, pero no es muy real. Aunque sea cierto que ahora estamos todos, o la mayoría, muy locos.

Por suerte para nosotros, hay tantas formas de locura que uno puede siempre encontrarse cómodo dentro de alguna de ellas. Y, si no, puede inventarse la propia. Hay locuras inocuas, ingenuas, destructivas, malintencionadas, amables, divinas. ¡Tantas, tantas locuras…!

Locuras que no vamos a diseccionar. Tan sólo las vamos a admirar, sin una descripción, sin una enumeración. Con la única intención –no sabemos si sana o enfermiza- de mirar más allá de la

propia locura, más allá de las montañas escabrosas de nuestro título, para intentar comprender algo más de los locos que las alumbran.

Los locos nos dan miedo, también nos fascinan y atraen. Tal vez porque todos nos sentimos algo locos. Tal vez porque ser hombre es ser loco y el hombre sin locura sería un hombre sin sueños, aspiraciones, voluntad, ambiciones, amor o pasiones. Nada hay más deprimente que la cordura total, quizá la más incomprensible de las locuras.

LA VOZ DEL PASADO

El monasterio no se diferenciaba demasiado de otros que ya había visitado. Entiéndanme. Cada monasterio es muy distinto de todos los demás, pero, teniendo en cuenta lo que Alberto buscaba en ellos, aquél era, tan sólo, uno más. No se trata, en absoluto, de una observación despectiva. Alberto era un ratón de biblioteca buscando un queso muy apetecido por él. Por desgracia, quizá sólo por él, puesto que el tema de su tesis doctoral: "La brujería como parte de la vida monástica medieval", no parecía demasiado interesante para ningún mortal que no fuera él mismo, su director de tesis, don Heliodoro Merino, y, quizá, algún otro erudito historiador especializado en aquellos aspectos. Para Alberto, por tanto, cualquier pequeño hallazgo, en cualquiera de esos monasterios que tan familiares le resultaban, todos con su biblioteca, su claustro, su refectorio, sus celdas, suponía un descubrimiento maravilloso. Aquél era un monasterio como cualquier otro. Por tanto, tan prometedor como todos los demás. Pero Alberto jamás podría haber imaginado que en él iba a encontrar un ejemplar tan especial, mítico y, por qué no decirlo, tan extraordinariamente sorprendente y turbador. Tenía que ver, en cierto modo, con el tema de su tesis pero, al margen de su momentánea utilidad para completar su obra, aquel ejemplar, el único conocido de una obra célebre, perdida, citada como aberrante por algunos autores casi contemporáneos del manuscrito, planteaba muchas más preguntas que las pocas respuestas a las que permitía responder. Y las preguntas no eran tan sólo de índole historiográfica o bibliófila.

El volumen estaba muy estropeado. Quizá podía tratarse, incluso, del original de la obra. Firmado por un tal Amadeo Ruiz, escrito así, en una grafía moderna, a mediados del siglo XIV. Entre lo poco que se sabía del autor no existía ningún "fray" que lo convirtiera en religioso, lo cual hacía aún más rara la obra. Se consideraba un libro de brujería, aunque su título no invitaba a establecer tal relación: "Arte de vivir", era el poco prometedor título. Y, en realidad, nada más se sabía del volumen, salvo que las dos únicas copias del manuscrito habían sido quemadas en la hoguera a principios del siglo XV, unos años después de la desaparición del autor quien, al menos eso sí se sabe, murió en su lecho, en la ciudad de Toledo, sin haber tenido ningún trato con la Inquisición. Se pensaba, de hecho, que el libro fue hecho público póstumamente. Era por eso por lo que el volumen sólo resultaba conocido de forma indirecta, por referencias de otros autores. Referencias vagas, siempre vagas, a la arcana sabiduría del brujo Amadeo, como dieron en llamarlo algunos nigromantes prerrenacentistas. Para la mayoría de ellos, Amadeo era sólo un loco, una especie de visionario desquiciado. Ahora, con el ejemplar entre sus manos, Alberto iba a ser el primer estudioso contemporáneo en poder valorar si el brujo Amadeo era realmente un loco, un visionario o uno más de aquellos ingenuos que creían haber encontrado la Verdad a través de sus peregrinos estudios. Convencido de que esta última opción iba a ser la que se correspondiera con la realidad, Alberto inició la lectura del manuscrito, la cual le deparó múltiples sorpresas.

Antes, había observado meticulosamente el ejemplar. El libro había aparecido en un doble fondo de una estantería. Curiosamente, aquel escondrijo albergaba únicamente el libro de Amadeo, como si el artífice hubiera sido consciente de lo arriesgado de poseer aquella obra maldita. La falta de cualquier otro libro prohibido dentro de aquel hueco fue una de las razones que hicieron pensar a Alberto que, tal vez, aquel ejemplar había sido escondido allí por el propio autor. El volumen no se diferenciaba externamente en nada de otros de la época: duras tapas de cuero repujado, con cantoneras de metal y gruesas páginas de pergamino en su interior. Pero no era tan convencional por dentro. En primer lugar, y de forma contraria a

muchos ejemplares de brujería, carecía de dibujos –no había en él la más mínima miniatura- y, lo que es más extraño, no incluía ninguna fórmula cabalística ni demoniaca. Era, y eso es lo más sorprendente, una simple narración. Escrita con pluma usando una letra muy sencilla, bien alejada de la elaborada caligrafía gótica de muchos amanuenses. Era una letra que, si no hubiera sido por la antigüedad del pliego, podría haber pasado por moderna. Más tarde, Alberto comprobó con sorpresa que la sintaxis y la ortografía también eran actuales, lo que, unido al contenido, le hizo pensar durante la lectura que pudiera tratarse de un fraude. Hojeando el texto, Alberto vio que parecía estar dividido en capítulos, sin título ni numeración, pero sí separados por sintomáticos espacios. No era muy grueso. Todo su contenido se reducía a unas cuarenta páginas. Tratándose de láminas de pergamino, el ejemplar parecía más voluminoso pero, aunque la letra pequeña y apretada aumentaba su contenido, la obra no era demasiado larga. Muerto de curiosidad, Alberto no pudo hacer otra cosa que sentarse allí mismo en una mesa de la biblioteca y comenzar a leer a la luz de uno de los modernos flexos de los frailes.

La primera frase del libro, escrita en un castellano tan moderno y familiar que hizo a Alberto temblar de los pies a la cabeza resultaba absolutamente desconcertante. Tras indicar la fecha -Año de Nuestro Señor de Mil y trescientos y cuarenta y cuatro-, Amadeo Ruiz lanzaba su proclama: "Yo, que no soy un hombre de este siglo…" y, tras aquel anuncio, el texto se volvía aún más inquietante. Quizá por ello, más que por unas sospechas que, en todo caso, eran perfectamente fundadas, Alberto decidió tomar la pose del incrédulo antes de proseguir la lectura. El autor, que escribía en castellano moderno y con grafía actual en mitad del siglo XIV desde la cosmopolita ciudad de las tres culturas: el Toledo mozárabe, mudéjar y judío, anunciaba con pulso firme y frases inequívocas que él, Amadeo Ruiz y Blasco, natural de Madrid, había sido trasladado en el tiempo desde su actualidad –el 3 de mayo de 1995- hasta el poblacho medieval que precedió a la urbe –fecha de llegada: 11 de agosto de 1344, aunque el dato no es seguro-. Desde entonces, ocho años de las más terribles penurias y un único deseo: el retorno. Junto con él, una terrible sospecha: la propia locura. Y, desde esa duplicidad del

hombre que se cree moderno y se teme loco, con el imposible bagaje de unos recuerdos del siglo XX en mitad del XIV, Amadeo Ruiz, con una sinceridad demasiado dolorosa como para suponerla fingida, se dedicaba a desglosar, a lo largo de las cuarenta páginas del libro, su periplo y sus peripecias.

Quizá, en ese punto, lo más razonable para Alberto habría sido cerrar el volumen y tratar de demostrar, sin el menor género de dudas, la falsedad de su antigüedad, descubrir, sin más, el fraude. Sin embargo, cautivado por el estilo de Amadeo, también, por qué no decirlo, por las nada sospechosas circunstancias del hallazgo, Alberto no hizo lo que le dictaba la razón sino que prosiguió con la lectura.

Amadeo describía, en primer lugar, las circunstancias del suceso de su llegada tal y como las recordaba. Inseguro ante la posibilidad de que sus recuerdos no fueran más que alucinaciones, se esmeraba en plasmar con precisión todos los detalles de aquel futuro tan lejano que ahora le parecía el paraíso soñado. Con treinta años de edad, separado de su mujer, sin hijos, científico, profesor ayudante en el departamento de Física de Materiales de la Universidad Complutense de Madrid, pagando un automóvil, las letras del piso adquirido en común con Patricia -su exmujer- y las mensualidades de la buhardilla alquilada a buen precio en un edificio del barrio de Lavapiés, paseante ocasional que se hallaba recorriendo, como otros días, el camino desde el metro de Moncloa hasta el departamento de la facultad, en la Avenida Complutense, vio, de repente, una luz, sintió un extraño mareo y se sintió caer. Todo daba vueltas, la luz, el cielo, los árboles que flanqueaban el camino. Y luego la oscuridad y la pérdida del sentido. Después –¿cómo expresarlo con mayor corrección?, ¿más tarde?, ¿mucho antes?-, un después intemporal, despertó. Tendido boca arriba, mirando hacia el Sol que brillaba como antes –ese "antes" tan difícil de definir como ese otro "después"- de la pérdida del sentido, Amadeo sintió que todo giraba aún en torno a él, pero su cabeza ya no se mareaba y el ritmo de los giros deceleraba por momentos hasta que, tan de repente como aquella luz y lo demás, el mundo se detuvo. Amadeo se levantó. Se sacudió la ropa –la misma ropa de 1995, reliquia guardada de su cordura- y trató de seguir su camino. Si en principio le preocupaba ciertamente su salud, apenas

tuvo ocasión de plantearse la necesidad de consultar aquel mareo con su médico. Otras preocupaciones, mucho más extrañas de lo que su imaginación hubiera podido inventar en mucho tiempo, sustituyeron a aquella primera. El camino no existía. Se encontraba en un campo abierto, sin sendas, árboles ni edificios. Un simple sembrado de cereal –luego supo que era centeno: su vida urbanita anterior no le había permitido alcanzar ese tipo de conocimientos- en mitad de ninguna parte. Y el vértigo, acompañado de una cierta náusea de terror que regresaba a su cabeza, borrando de un plumazo toda la tranquilidad que Amadeo hubiera sido capaz de acumular. Trató de buscar una referencia visual. No la había. Caminó unos pasos, hasta lo alto de una colina. Nada en el horizonte. Miedo y el recuerdo que devuelve la tranquilidad. Llevaba un teléfono móvil. Última adquisición como tributo al culto a la tecnología. ¡Increíble! A cuatro pasos de Madrid y sin cobertura. Nuevamente el vértigo. Y entonces se cruzó un tipo extraño. Más tarde comprendería que era un simple labriego. Lo intentó llamar y el otro, montado en un burro, azuzó al animal, visiblemente asustado por su presencia. Una frase cazada al vuelo en mitad de la huida: "¡Quedarvos y! ¡Non vengades!", comprendida a medias, confusa. El hombrecillo se iba y Amadeo decidió seguirlo como fuera posible, pensando que más valía seguir a aquel loco o mendigo que, por lo menos, lo conduciría a algún lugar civilizado. Craso error. Al menos tal fue su impresión tras seguirlo durante un trecho. Amadeo se mantuvo a cierta distancia. No quería asustar al hombrecillo y menos aún relacionarse con él que, a fin de cuentas, le había parecido un desequilibrado. Siguiendo un miserable sendero, y tras haber perdido de vista al del burro, el físico llegó hasta un grupo de chabolas. Nuevamente sintió miedo, pero era tal su desesperación que se atrevió a entrar en una de las menos ruinosas. La mujer que había dentro se persignó y quedó paralizada por el miedo. Amadeo trató de hacerse entender. La mujer no sólo lo entendió sino que cambió su actitud, como si ahora lo tomara por un gran señor y antes por un ladrón o un marciano. Ella hablaba una jerga parecida a la del tipo del borrico, pero también se la entendía. ¿Serían inmigrantes?, se preguntaba aún, inocentemente, Amadeo. La mujer le dijo que aguardase y fue a buscar a otro hombre. Este último resultó ser un

personaje bajito y calvo de mediana edad que vestía ropas extravagantes, aunque menos estropeadas que las de sus vecinos. El hombre, que al parecer no se sentía ridículo con sus calzas pardas ni se avergonzaba de su dentadura negruzca, le ofreció llevarlo a Madrid una vez que supo que Amadeo pretendía ir allí. Empleaba la misma jerga que los otros pero parecía el jefe de la cuadrilla. Amadeo debió de haber sospechado. No lo hizo. Ni tan siquiera cuando el hombrecillo lo subió al pescante de su carro tirado por un par de bueyes. Amadeo no lo sabía aún, pero aquel hombrecillo era un rico labriego de la comarca.

Subió al carro y soportó –puesto que no pudo mediar palabra ni entendió bien el sentido de la conversación- la charla del conductor. Sin vislumbrar más camino que un sendero polvoriento, el carro avanzó hasta llegar a una pequeña población que el hombrecillo anunció triunfalmente como "Madrit". Amadeo pensó que el tipo estaba loco pero no lo dio a entender. Muy amablemente, agradeció el viaje y estrechó efusivamente la mano del otro. ¿Eran impresiones suyas o el tipo apestaba tanto o más que sus bueyes? La ciudad tampoco olía precisamente bien. Su eventual compañero de viaje se fue, satisfecho de su buena obra. Y allá quedó Amadeo, en un villorrio inmundo, solo y con más dudas que las que tenía antes de iniciar el viaje. Por suerte o por desgracia, sus dudas no tardaron en desaparecer. Fueron sustituidas por otras acerca de su salud mental.

A medias esperanzado, Amadeo trató de buscar un edificio público o un lugar cualquiera donde recabar información. No todo el mundo podía estar loco, se dijo, y, con ayuda, pronto se encontraría nuevamente en Moncloa, camino del trabajo o, mejor aún, camino de su casa, o hasta dirigiéndose al psiquiatra si eso significaba la salvación para su frágil equilibrio. Sólo que llevar a la práctica su idea no fue tarea sencilla. Había poca gente. Las calles eran estrechos caminos enfangados bordeados por viejas casas bajas. Los escasos viandantes vestían extrañas ropas: bastas túnicas pardas, leotardos, gorros estrambóticos. Todo apestaba. Nada era familiar. Y no parecían existir edificios públicos, casas mayores ni calles asfaltadas. Todo lo más dio a una calle en cuesta con el suelo cubierto por un empedrado irregular y de bordes hundidos por donde corría –daba

asco sólo verlo- un reguero de inmundicias. Amadeo decidió seguir aquel signo de ¿civilización? Así llegó a una plaza en la que se alzaba una iglesuela donde supuso que habría un párroco, feligreses y, con un poco de suerte, información.

Dos mujeres cubiertas con un sayón de la cabeza a los pies le dirigieron una mirada de odio al verlo y se santiguaron ¿asqueadas? Amadeo se preguntó si serían penitentes o alguna otra cosa, pero las ignoró y pasó dentro. Todo estaba oscuro y no había nadie rezando. Un fraile, que vestía hábito pardo sujeto por un cordón a la cintura, parecía salmodiar una cantinela incomprensible frente al altar románico. Un tanto cohibido, Amadeo aguardó a que el fraile lo viera y entonces lo interrumpió.

-¿Qué pueblo es éste? –preguntó humildemente.

-Sabed que sos en la viya de Madrit –respondió con suma amabilidad el monje.

-¿Qué fecha es hoy? –volvió a interrogar Amadeo más confuso que antes, atisbando, inconscientemente, la respuesta a sus preguntas.

El monje dudó, como si no entendiera, pero dio una respuesta acorde a lo preguntado.

-¿Commo, estrangero? ¿Non sabedes dónde sos ni quando vivís?

-No –respondió Amadeo inocentemente-. Me mareé y ahora estoy perdido.

-¿Perdido? –replicó el fraile, agarrándose a una palabra que entendía- Pues sabedes que es joeves.

-Pero, pero si hoy era lunes –se quejó Amadeo. La respuesta del fraile, que debía pensarlo un borracho, fue acompañada de una sonrisa.

-Non, non es lunes. Es joeves, once de agosto de mil y trescientos cuaranta y cuatro.

Y el mundo se le vino encima a Amadeo, que sintió que volvía a desmayarse.

-Malo es el vino sin consagrar –sentenció el fraile, aludiendo a la supuesta borrachera y lo dejó allí, sentado en un banco, para volver a sus ocupaciones.

Amadeo tardó unos minutos en sobreponerse a la tremenda impresión. Y, según sus notas, tardó muchos días, y hasta meses, en reaccionar ante su penosa situación. Por fortuna para él, tuvo la suerte de encontrar pronto una ocupación que, a la postre, le sirvió de sustento. Sólo más tarde se aferró, como tabla de salvación, a su formación científica y racional para conservar algo de su equilibrio mental y valorar, de un modo medianamente objetivo, todo lo que le había sucedido. Ocurrió entretanto que Amadeo se pasó un buen rato en la iglesia, ahora meditando sobre su situación ahora buscando argumentos para rechazar el presente como irreal, o bien aceptando su posible locura como la explicación más simple a su nueva realidad. No iba a ser la última vez que tales argumentos se paseasen por la cabeza del pobre físico. Cada vez que, desde entonces, se viera enfrentado a una crisis, volvería al tema de la locura y la irrealidad como un argumento que esgrimir ante cualquier problema. Ni la locura ni la negación de los sentidos iban a solucionar la situación pero, si uno toma un asunto por falso o irresoluble, parece que pierde importancia.

El tiempo pasó volando. ¿Cuánto? No era capaz de decirlo, pero afuera el Sol ya empezaba a decaer. El caso es que el buen párroco de aquella iglesia regresó y volvió a hablar con el extraño. Amadeo no se atrevió a contarle su historia pero, un tanto apurado, se atrevió a pedirle un refugio, por caridad, para aquella noche. El fraile, lejos de extrañarse, le ofreció una pequeña habitación y, viendo al físico un tanto confuso, prometió ayudarle a recobrar la memoria y su camino a la mañana siguiente.

Aquella primera noche la pasó Amadeo recapacitando sobre su situación y, para su mente racional, la explicación más simple era la de la locura. Él nunca había sido un físico del siglo veinte sino un simple chiflado y el siglo XIV era su época. Sencillo en apariencia, sí, pero, ¿cómo explicar, entonces, todos los conocimientos que albergaba en su cerebro? ¿Cómo explicar su atuendo, sus costumbres y hasta su modo de vestir? Hasta el asidero de la locura resultaba endeble para la razón. Claro que, si la razón estaba desequilibrada, ¿qué tipo de precisión podía esperarse de la lógica de un loco?

Al cabo se durmió y pasó toda la noche como un tronco. Hasta tal punto fue tranquilo su sueño que no lo despertó la luz del

alba sino la llamada del comprensivo fraile que, ya bien entrada la mañana y tras celebrar sus oficios, lo invitó a levantarse, considerando que la resaca –con la que explicaba la confusión del extraño- ya habría remitido.

Resultó que el fraile debía ir a ver al corregidor –alcalde- para entregarle una carta enviada por el arzobispo de Toledo y que, por la ausencia del funcionario, había sido entregada al fraile. Sucintamente, el curita invitó a Amadeo a marcharse de su parroquia, pero nuestro hombre se hizo el loco y, pensando que quizá el alcalde podría ayudarlo, insistió en acompañar al mensajero durante su visita. Y, aunque ciertamente el alcalde no le ayudó en el sentido en que él esperaba, la visita sí que resultó útil para Amadeo. Esta vez sí se encontraba en sus oficinas el señor corregidor. Ocurrió que éste, un tipo muy parecido al labriego que lo había llevado hasta el poblacho, apenas si sabía leer y, cuando se vio con el pergamino entre las manos, comenzó a desglosar trabajosamente, sílaba tras sílaba, el contenido del mensaje. Con la mirada, solicitó la ayuda del párroco, pero aquel buen hombre tampoco parecía muy ducho en letras y, como no había nadie más para echar una mano, el corregidor recurrió, finalmente, al extraño que acompañaba al fraile. Lo hizo sin ningún pudor, como si admitir la propia ignorancia, aun siendo un representante del monarca, fuera lo más normal. Amadeo tomó el pliego y lo leyó con absoluta soltura. El texto era fácil de leer y aun de comprender, a pesar de las pequeñas diferencias semánticas y de sintaxis del lenguaje. La carta venía a decir, tan sólo, que el señor obispo permanecería durante unos meses más visitando la corte romana y que su representante en la comarca seguía teniendo plenos poderes.

El corregidor, satisfecho, no tanto con las nuevas recibidas como con haber tropezado por casualidad con aquella ayuda, escuchó con agrado la historia de Amadeo y, si bien se confesó impotente para ayudarlo a encontrar su camino, ofreció al visitante la posibilidad de entrar a trabajar a su cargo como escribano y alguacil. Amadeo dudó sólo un instante. Su situación, más bien desesperada, no impidió que comprendiera que en aquel mundo –real o irreal, poco importaba si era su nuevo hogar- pocos oficios podría desempeñar un científico del futuro aparte de aquél de escribano. Así que el físico aceptó su nuevo

cargo y decidió que, hasta que encontrara, si ello era posible, una solución a su caso, más le valía buscarse sustento y pasar desapercibido entre sus nuevos conciudadanos.

Y así, de un modo más sencillo que el proceso de su desubicación, el físico del siglo XX halló acomodo en la rígida sociedad del siglo XIV, a las órdenes del corregidor de la villa de Madrid.

Aquel trabajo, monótono pero sencillo, le permitió habituarse, poco a poco y sin grandes problemas, al modo de vida de aquel tiempo. Si al principio la falta de higiene, la incultura o la simpleza de los entretenimientos lo mantenían asqueado y aburrido, al cabo, cuando tuvo más o menos asimilada la situación, empezó a saborear las experiencias que su nueva vida le brindaba. No todo el mundo podía gozar de la experiencia de conocer un tiempo y un estilo de vida que no eran los suyos. No todo el mundo –en realidad nadie que Amadeo hubiera sabido jamás- había tenido la oportunidad de viajar en el tiempo. Y si, al cabo, estaba loco, al menos era un loco que comía y bebía y tenía una demencia más bien tranquila. En todo caso, cuando se pensaba loco de atar, le bastaba con abrir el paquete donde guardó sus pertrechos del futuro: ropa y móvil, para sentirse más confiado de sus recuerdos del siglo XX. Tantos conocimientos acumulados, a los que podía llegar por vía racional y que podía someter a prueba continua, no podían ser prueba de locura sino, al contrario, de verdadera sabiduría, la acumulada por los hombres a lo largo de seis siglos, cuatro de los últimos iluminados por el aún desconocido pensamiento científico.

No era extraño tampoco que, al cabo del tiempo, Amadeo confesase un cierto hastío. Aquel mundo no podía satisfacer las expectativas del científico del futuro. Aunque sus conocimientos de matemáticas le permitían llevar la contabilidad de la corporación y hasta asombrar a algún erudito local con sus extrañas artes de geometría y aritmética, pronto la curiosidad del físico pidió más. Quería conocer otros lugares, acercarse a las fuentes contemporáneas –es decir, del siglo XIV- del saber y experimentar, poder desarrollar ideas y proyectos. A veces, incluso, se dejaba llevar por un pensamiento que no dejaba de tener una cierta lógica. Si, como

cualquier creyente de cualquier secta, daba en pensar que cualquier acontecimiento tenía no sólo una causa sino un objetivo, era fácil llegar a la conclusión de que también su viaje en el tiempo debía de tener una razón de ser, un objeto final. Y, en esas ocasiones, Amadeo imaginaba que esa razón era proporcionar un poco de luz a las tinieblas de esa época. ¿Y si con sus conocimientos podía hacer avanzar la civilización un par de centurias? La física, las matemáticas, la química, la biología, la geología, la medicina, la ingeniería, todas las ciencias podrían dar un tremendo salto cualitativo con su ayuda. De un golpe podía adelantar el Renacimiento cultural en un siglo. Pero, ¿y si eso alteraba el futuro? Amadeo decidió que poco importaba: su presencia en el pasado ya habría alterado, posiblemente, el rumbo de los acontecimientos. O no. Podía ocurrir que nada cambiase en el futuro. Puesto que él provenía de allí y nunca conoció en los libros de historia a ningún Amadeo Ruiz precursor del Renacimiento. No era muy ducho en Historia, pero si alguien hubiera hecho avanzar la ciencia como él soñaba, habría pasado a ser tan famoso como Leonardo para las generaciones posteriores. Como ése no era el caso, Amadeo decidió que sus obras no serían tan grandes como soñaba y, a la vez, sintió nacer en su pecho un temor: ¿lo habrían quemado por brujo o algo peor?, ¿habría muerto enseguida víctima de una enfermedad? Decididamente, no era sencillo saber cuál era la mejor opción que podía tomar. Finalmente, puesto que ya no soportaba su quietud madritense, decidió marcharse a la misteriosa Toledo, urbe famosa por sus sabios y su mezcla de culturas, y allí desarrollar discretamente –para evitar los largos dedos de la ley y la Iglesia- sus proyectos de un modo más o menos clandestino.

A partir del viaje a Toledo, el libro tomaba un giro diferente. Casi se podía hablar de una segunda parte de la narración. El autor ya no sentía necesidad de explicarse su situación y menos aún de razonar acerca del presente. El texto, aunque conservando una forma biográfica, se extendía sobre todo en el desarrollo de los experimentos e ideas de Amadeo el Alquimista de Toledo, como, según palabras propias, algunos "iniciados" habían comenzado a llamarlo. Amadeo contaba como, con la limitada tecnología de la época, había fabricado un motor eléctrico y otro de explosión de dos

tiempos –movido por alcohol-, como había elaborado una pila y un microscopio, prismáticos, un aparato de telégrafo, un intento de teléfono, que no funcionó, y mil artilugios más. Contaba como algunos "sabios" toledanos lo despreciaban como loco prepotente y discutían largamente con él sus teorías de iluminado acerca de mecánica, dinámica, matemáticas, geología, química o herencia biológica. Contaba, finalmente, la frustración de la incomprensión que sucedía siempre a esos diálogos o a la lectura de cualquier texto de la época. ¡Cómo echaba de menos poder leer una buena novela, un artículo de un periódico o de una revista, ver la tele o una película! Y cómo añoraba la compañía de una mujer que lo pudiera entender. La soledad era considerable y había bellas mozas en Toledo, pero todas cortadas por el mismo patrón, el de la época. Hablaba de una tal Isabel a la que trató de enamorar –recurriendo, cómo no, a alcahuetas y mediadores que lo llevaron hasta ella- y de la que, finalmente, comprendió no estar enamorado. Oscuras alusiones a noches locas de orgía en malas compañías. Oscuras alusiones a un largo encierro con motivo de una peste –la de 1348- que afectó a Toledo y sembró de muerte y terror a todo el mundo, él incluido. Siempre la misma frustración, la misma soledad y desencuentro. No sólo fue incapaz de cambiar el sino de los tiempos –"no están preparados para comprenderme", se confesaba- sino que se vio sólo e incomprendido.

El libro quedaba momentáneamente truncado tras una frase definitiva: me voy. Pero luego la redacción continuaba brevemente para añadir algunos detalles que volvían a asemejar el texto a un deslavazado diario. Amadeo anunciaba que había viajado. Había visitado Castilla y la Berbería. Había vuelto a Toledo ya con el ánimo más sereno, quizá más resignado. "Creo que empiezo a entenderlos", apuntaba. Había estado gravemente enfermo y quien ejerció como su inesperada enfermera fue la misma Isabel a la que pretendió. "Nos casamos", anunciaba más tarde, sin señalar en ningún momento si le preocupaba o no cambiar el futuro o la posibilidad de retornar a su tiempo. Más tarde confesaba haber abandonado sus experimentos. Trabajaba, como siempre, como escribano y contable, pero ésas eran ahora sus únicas ocupaciones. En otra anotación, quizá muy posterior a las anteriores, confesaba haber mostrado a su mujer sus viejas

reliquias del futuro y algunas muestras de su saber. Ella, que ya de joven había oído alguna historia acerca de las nigromancias de su ahora marido, no se sorprendió demasiado, lo cual sí que extrañó a Amadeo, el cual, simplemente, se vio obligado a asegurar a su esposa que ninguna de aquellas artes era maligna. Como todas las famas pasan, la del loco Amadeo también desapareció con los años, como él mismo consignaba en su última nota, escrita con el pulso tembloroso de un anciano: "Me siento morir. He encargado a los míos –no especificaba si eran hijos, mujer, amigos o discípulos- que den este libro a la luz". Y nada más. Con otra letra, torpe y puntillosa, el último pliego de pergamino incluía una fecha: "Anno domini MCDI".

¿Cómo tomar aquel libro? ¿Una broma? ¿Locura? ¿La increíble realidad? Alberto lo había devorado de cabo a rabo. Comprobó las fórmulas matemáticas: todas eran correctas, según le dijeron los expertos. Las fechas y los acontecimientos aludidos parecían coincidir con la realidad. El carbono 14, la prueba ineludible de cualquier arqueólogo, demostró la antigüedad del volumen: edad imprecisa pero en absoluto reciente, quizá unos quinientos años. ¿Qué más podía hacer Alberto? Antes de aceptar que todo era real, acudió a los archivos y se enteró de que un Amadeo Ruiz había nacido en Madrid en 1965, que había estudiado Física, se había casado y separado, había trabajado en la Universidad Complutense y, misteriosamente, había desaparecido, sin dejar huella, el día 3 de mayo de 1995 –venía, incluso, su foto en algunos periódicos de varios días después- supuestamente mientras iba a trabajar en la facultad. Alberto se hizo, incluso, con la dirección de Amadeo, visitó su vieja casa, a sus familiares y amigos, vio sus fotos y hasta pudo ojear algunas cartas escritas por su puño, comprobando que la letra era idéntica a la del pliego del siglo XIV. Ya sólo le restaba aceptar la realidad de aquel extraño viaje en el tiempo, lo cual hizo sin albergar ningún género de dudas. Quizá el último paso habría sido publicar sus conclusiones, pero no se atrevió, temiendo que, como al Amadeo del siglo XIV, nadie lo creyera. Pero, en fin, ya se sabe, los rumores se extienden tan rápido como las noticias y no suelen pararse en comprobar veracidades. Así es como la historia ha llegado hasta nosotros y, con algún pequeño cambio de nombre, la ponemos a

disposición del público. Que nadie pregunte. No nos hemos molestado en realizar tantas comprobaciones como el doctorando Alberto García quien, por cierto, finalmente obtuvo su doctorado *cum laude* tras la lectura de su tesis, de título "Máquinas y automatismos: antecedentes de Giannelo Turriano en España en textos del siglo XIV". Es obvio señalar que los textos, al menos en parte, han sido hábilmente entresacados –es decir, de un modo nada comprometedor- del manuscrito de Amadeo Ruiz.

Juan Luis Monedero Rodrigo

La locura es inherente y exclusiva del ser humano ya que si la entendemos como privación de la razón y el hombre es el único ente con ella sacamos la conclusión, a modo de silogismo (no sé de qué tipo), que es así.

Nuestro lenguaje para referirnos a ella adopta un extenso repertorio de variantes en cuanto al grado de profundidad o al vocabulario más o menos culto, tanto de nombres como adjetivos o verbos. "Chiflao", "chalao", "zumbao", "trastornao", "tronao", ido, majareta… son expresiones vulgares de alienado, psicópata, orate, demente, enajenado, paranoico, esquizofrénico… La lógica, la tecnología y la ciencia se estrellarán contra la razón voluble de forma irremediable. Tal vez acaben en cordura y lucidez, como le sucedió a nuestro "loco universal" Don Quijote antes de morir, pero eso es sólo de vez en cuando.

La visión del tema ha cambiado. De la camisa de fuerza e internamiento de por vida en un manicomio o frenopático a considerar al enfermo de forma más humana y tratarlo en un hospital psiquiátrico durante el tiempo necesario.

De mis tiempos de estudiante recuerdo el comienzo de una película en blanco y negro que citaba a un clásico griego y que decía: "a quien los dioses quieren destruir, primero le vuelven loco". Trataba de un policía que quería descubrir a un asesino dentro de un manicomio y que al final se "contagia" y queda ingresado en él. También, cómo no, el título de Erasmo de Rotterdam "Elogio de la

locura". Entonces no entendía bien el trasfondo, ahora lo tengo más claro. La historia se repite continuamente en lo esencial.

Una cosa es estar loco y otra hacérselo. Esta versión descafeinada es más habitual. Cuando queremos "desconectar" nos hacemos "el sueco", "el orejas", "el sordo", "como el avestruz". Enfrentarse a la realidad es duro. Algunos no lo aguantan y buscan un sucedáneo. El caso es "ir tirando" en este "valle de lágrimas", dar unos capotazos al toro de la vida y salir lo más indemne posible y, si se tercia, por la puerta grande.

P.A.M. 213

TALLAS

Yo antes pensaba que eran unos locos, o que tenían el gusto estropeado. Pero, desde que he descubierto la razón oculta de su proceder, no puedo sino admirarlos y envidiarlos. No podía ser de otro modo. Tratándose de un negocio que mueve tantos millones, no podía quedar nada al azar ni menos aún en manos de la estupidez. Todo está perfectamente calculado y es sumamente efectivo, productivo, rentable.

Me refiero a la moda. Me entusiasmo hablando de ello y no me paro a explicarme. Hora es de hacerlo.

Siempre me había parecido ridículo ese gusto por las tallas pequeñas y las mujeres escuchimizadas que las exhibían. Yo, tonto de mí, recurría a explicaciones de lo más peregrinas: los modistas eran invertidos que buscaban modelos andróginos para exhibir sus prendas, se trataba de lunáticos con morbosos gustos o enfermos de anorexia que extendían sus percepciones a los demás. Explicaciones que a algunos les podrían parecer razonables y, sin embargo, son ridículas y paranoicas, sin el más mínimo asomo de verosimilitud.

Sin embargo, desde que mi mente ha quedado clarificada gracias a la meditación, la concentración y el consumo de algunas prodigiosas hierbas orientales, la verdad sobre muchos asuntos se ha hecho presente a mi razón. Y, cuando sometí a razonamiento este asunto de la moda, la cuestión me pareció tan diáfana que no pude sino admirar la genialidad de los artífices del asunto y desear

fervientemente participar de su gremio y ayudarles con mi mente privilegiada a mejorar –si es que ello es posible- su boyante negocio.

Es sorprendente que, tras la globalización que ha dejado a precio de saldo tantas prendas de vestir y ha arruinado a tantas empresas textiles, colocando en la calle a multitud de empleados, en los países desarrollados, mientras los pobrecitos orientales se dejan los ojos para hacer ropa baratísima, la alta costura y el prét a porter siguen siendo negocios exclusivos del mundo occidental y de los ambientes más chic.

¡Qué genialidad, qué perspicacia la de los modistas! Nada más sensato que poner de moda los tipos escuálidos y enfermizos para salvar y aumentar el negocio. Vender la imagen de mujeres de uno ochenta que pesen cuarenta kilos es un prodigio del marketing. Porque, si su campaña tiene éxito y cada vez más mujeres y hombres copian tales modelos anoréxicos, los diseñadores podrán vender sus exclusivos modelos a precios aún más competitivos. Tan caros como siempre pero empleando la mitad de tela. ¡Fantástico! Porque ésa es la idea: fabricar modelos más pequeños y venderlos al mismo precio. ¿Se ha visto en alguna parte que las tallas grandes de un modelo exclusivo sean más caras que las chicas? Y el caso es que el material cuesta. Es igual que esa ropa de bebé o de niño que lleva tan poca tela y vale tan cara, pero aplicado al mundo de la alta costura. Se fabrican modelos exclusivos para flacas, las posibles compradoras copian el modelo y, a la postre, el diseñador sólo hace tallas pequeñas, que llevan mucha menos tela, con el ahorro de material y dinero que eso supone, y se venden al mismo precio.

El siguiente paso ya está en marcha, con esas transparencias y esas prendas escasas que apenas cubren los muslos o el pecho, dejando al aire el ombligo o la espalda. Y no es que las modelos se pongan esos harapos para mostrar cómo quedan y que luego haya que poner más ropa. Lo que interesa es proseguir con este minimalismo que reduce los costes y maximiza los beneficios.

¡Son mis ídolos! Quiero ser modista, quiero ser diseñador. Y espero que no se tomen a mal el haber hecho público su secreto. Creo que todo el mundo lo sabe. La receta es de una sencillez asombrosa y de eficacia probada. Yo quiero aportar más ideas, nuevas ideas. Por

eso pido, desde esta tribuna, que cualquier diseñador, modista o empresario interesado en esas aportaciones mías, me lo haga saber y le aseguro que incrementaré sus beneficios de forma astronómica.

¡Qué mundo éste, qué inteligencias privilegiadas al servicio del diseño y del mercado! Minimalismo y beneficio. ¡Qué gran idea!

Narciso de Lego

(ya cambiaré de nombre cuando me convierta en un diseñador famoso)

LOS ILUMINADOS

Cada día estamos más locos.

¡Menudo descubrimiento! Nuestro mundo acelerado, nuestros modos de vida, la proliferación de estímulos, la pérdida de certezas, que algunos definen como de valores, nos hacen sentir cada vez más inseguros, más confusos, más desquiciados.

Tampoco en el pasado andaban mucho mejor. Aunque sí que es cierto que era más fácil asumir una vida tranquila y alejarse de complicaciones. Pero nunca ha sido fácil definir al loco. Siempre se hace comparándolo con el cuerdo. Pero, ¿quién, cómo, define al cuerdo?

La locura, en muchos casos y salvo causa orgánica, rara vez empieza como simple y clara locura. Muchas veces se entra en la locura a través de las puertas de la razón. Lo que uno cree y piensa deja de ser lógico, razonable y normal y se nos convierte en estupidez, cerrazón, obsesión y, finalmente, la más absurda locura. Aunque no queda claro si la locura es absurda de por sí o lo absurdo e incomprensible es no volverse loco.

El límite entre locura y cordura es en exceso sutil y difícil de establecer. ¿Quién juzgará al juez? ¿Con base en qué criterios? Porque unos nos parecen excéntricos, otros genios, los más imbéciles y otros chalados o alucinados. Tal vez es cuestión de afinidad con las ideas del loco, o simple costumbre, o tal vez la propia extrañeza. El loco siempre es un iluminado, pero el tono de la luz que lo alumbra puede volverlo brillante, hasta admirable, o bien oscuro, tétrico y temible. Si admitimos que cada cual tiene su o sus locuras propias, si uno pudiera escoger su fuente de iluminación se volvería loco amable o admirable, un tipo peculiar y simpático en sus manías o un genio

excéntrico. Lamentablemente para todos, la locura, o su semilla, poseen vida propia al margen de nuestra razón y nuestra voluntad. Siempre quedarán contrapuestas –y no igualmente identificadas por todos, sino más bien confundidas- la locura que proporciona la excelencia frente a aquella otra que nos parece enfermiza, y tal vez con razón.

Obviamente, nuestro mundo moderno no favorece ese supuesto equilibrio de cordura al que muchos aspiramos. Es tal la cantidad de estímulos que recibimos, tantas las inseguridades y temores que nos atenazan, son tantas las dudas, tantas las locuras ajenas, tan escasa la razón de los actos propios y extraños, que resulta imposible no ser loco en nuestra sociedad. Loco del calibre que sea, pero loco a fin de cuentas. Nada es lo que parece y lo que es espanta. Cada vez comprendemos menos y cada vez deberíamos comprender más. Pero todo es tan confuso, tan exagerado, tan breve, tan mudable, tan absurdo, tan contingente, tan complejo, tan eficaz, tan baladí, tan forzoso, tan razonable, tan incomprensible, que cada cual se envuelve en sus propias neuras, disimula como puede o mejor le parece sus locuras y se enfrenta a un universo alucinado que le rodea y que, de algún modo, parece confabularse contra cualquier pizca de sentido común. El que piense que no está loco, que tire la primera piedra… Claro que ese lanzamiento, con su violencia implícita y gratuita, podría ser interpretado como locura por cualquiera de los neuróticos o supuestos cuerdos que lo rodean.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LOCURA DE AMOR

Tus labios, mística carne hecha milagro,
le sonríen, mientras mi amor por ti se ningunea.
Tus ojos, de pupila prendida en el infierno,
le miran, y al tiempo el corazón se me congela.
Tu pecho, curvilíneo nido del deseo,
se eleva armónicamente, mientras él te dedica sus requiebros.
Tus mejillas, ventanas satinadas de misterio,
se cubren de arrebol en su presencia.

Tus manos, medusas de marfil y porcelana,
jugando con sus dedos me envenenan.
Mi dicha que fue sueño se destruye.
Mi espíritu se torna miserable y el pesar ennegrece mis sentidos.
Mi amor, locura de pobre desesperado,
arrastra mi razón hacia las sombras.

Antón Martín Pirulero

LA INFELICIDAD PREVIENE LA IDIOCIA

Si hay un asunto del que, más allá de teorías o pruebas científicas, me siento plenamente seguro es del tema de este ensayo.

Estoy convencido de que la felicidad vuelve imbéciles a las personas, y a los representantes del reino animal en general, con la carga de autocomplacencia y acomodamiento a que suele conducir.

Al contrario, es razonable contemplar la infelicidad de los organismos heterótrofos –y tal vez también la de los autótrofos e incluso saprófitos, en sus formas uni y pluricelulares- como un carácter claramente adaptativo que favorece la lucha por la supervivencia al más puro estilo selectivo darvinista.

La felicidad provoca la satisfacción que conduce a la indolencia y la inactividad. Al contrario, sucede que la infelicidad –en sus formas pasiva, activa y tautomérica- hace que la gente nunca pueda permanecer satisfecha mucho tiempo, siempre deseando más, en su interminable búsqueda de una felicidad que, para ser motor de actividad, ha de ser imposible de alcanzar, como la zanahoria para el burro. ¡La infelicidad previene la idiocia! La infelicidad, amigos míos, es el motor del mundo. Cada avance de la humanidad, cada nuevo logro del espíritu humano ha venido precedido por la insatisfacción de un deseo, por el ansia de alcanzar una felicidad que escapaba, aun antes de ser vislumbrada, hasta los confines de la percepción del buscador. La ciencia es búsqueda. Y tendemos a confundir la búsqueda de conocimiento con la verdadera búsqueda que se esconde tras cada motivación e ímpetu: la de la felicidad que nos paralice con rostro beatífico, como el que se supone al alma cándida ascendida a los Cielos en la contemplación del Uno.

Podría plantear mil pruebas a favor de mi hipótesis. ¡Qué digo mil pruebas! ¡Qué digo hipótesis! Podría proponer ciento treinta y cuatro mil billones y ocho argumentos a favor de mi teoría ampliamente contrastada, ¡que digo teoría: axioma, cuestión de fe, verdad indubitable! Pero me limitaré a plantear un caso real, del que fui protagonista, y que inspiró en mi siempre lúcida y lumbreril cabeza privilegiada la portentosa idea que, desde esta humilde e inmerecida tribuna, me he dignado hacer pública en esta ocasión y como contraste a la locura que invade las páginas de este panfleto.

Yo era joven, apenas un muchachuelo de cuarenta y cinco años, que, fascinado ante la contundente presencia y volumen del gigantesco bocata de chorizo de Cantimpalos que tenía ante mí y me disponía a devorar, estaba tan feliz que no pensaba en otra cosa más que en el momento de comérmelo, sin que en mi embotada imaginación hubiera espacio para el menor atisbo de pensamiento, menos aún de pensamiento productivo. Así, convertido en tonto babeante y con el estómago rebosante de jugos digestivos en reflejo condicionado ante la presencia del manjar, le pegué un buen mordisco al objeto de mi deseo y causa de mi paralizante e idiotizante felicidad, de resultas del cual comencé a ver estrellas, en sentido figurado, invadido por los dolores de mis muelas en respuesta a la imposible e impensable dureza de aquel exquisito chorizo que me habían mandado del pueblo. Fue un instante de frustración, de agonía, de tremenda infelicidad y decepción.

Sin embargo, aquella tarde de dolores insospechados y jugos gástricos no satisfechos al no poder devorar el bocadillo fue tremendamente productiva por cuanto que, en mi infelicidad, mi cerebro se volvió activo y lucubrador, proporcionándome magníficas ideas que, en tropel, acudían sin descanso, una tras otra, a mi prolífica imaginación.

Siempre es así: la felicidad paraliza el ingenio y la infelicidad –como el hambre, caso particular de infelicidad que menciona el dicho- agudiza el ingenio.

Estimado lector, si quieres ser un genio, si quieres medrar en este mundo con tu mente y tus logros intelectuales, renuncia a la felicidad, realiza una búsqueda activa de la infelicidad, a través de la

renuncia y el dolor. Así alcanzarás sabiduría y profundidad mental. Nunca un tonto feliz ha aportado nada al mundo de la ciencia, la teología o la hípica. Sólo la infelicidad trae el conocimiento y el avance de la humanidad. Si la felicidad nos idiotiza y paraliza, nada más fácil que renunciar a ella. Sin enorgullecernos de nuestros suprahumanos logros, por supuesto, ya que envanecernos sería una forma de atraer a ese demonio llamado satisfacción, que tan cerca está de la felicidad prohibida.

Así pues, no sólo es por caridad cristiana por lo que debemos perdonar al ofensor y al malvado, sino en agradecimiento a la felicidad de la que nos priva y el dolor que nos suministra. Todos sabemos que los reveses de la vida son los que más nos enseñan. Seamos diestros en la búsqueda de los reveses y el desarrollo de nuestras inmensas y germinales capacidades cognitivas.

No me lo agradezcas, amigo lector, no quiero que tu sincera admiración me haga enorgullecer y me aleje de la oscura y negra insatisfacción que alimenta mis encumbrados pensamientos… De nada, en todo caso. Me basta con saber que todos los pensamientos productivos que tu cabeza sea capaz de elaborar desde hoy serán debidos a mi pedagógica e instructiva disertación.

Gazpachito Grogrenko

(líder de los infelices y campeón del conocimiento universal, físico, metafísico y paranormal)

CLARIDAD DE IDEAS

La primera vez que Leonardo vino a visitarme era todavía un tipo normal. Más que normal, diría yo. Para no tener grandes dones ni capacidades, se trataba de un tipo sumamente equilibrado. Más aún teniendo en cuenta las terribles circunstancias a las que se tenía que enfrentar después del accidente que había sufrido.

Leonardo viajaba en coche. Iba solo y conducía prudentemente por la ciudad de camino a casa. Poco podía sospechar que aquel salvaje fuera a saltarse el semáforo a mil por hora, que fuera a embestirlo cuando él pasaba por la glorieta y que su coche, más pequeño, iba a empotrarse contra aquel camión que se cruzaba.

Bien miradas las cosas, todavía se podía decir que había sido afortunado. El cinturón de seguridad le había evitado daños mayores: la banda amoratada que cruzaba en diagonal todo su pecho, el chichón sangriento sobre la ceja izquierda y el estado del vehículo así lo atestiguaban. Por desgracia, el cinturón no pudo evitar que la pierna derecha, la que intentó infructuosamente apretar el pedal del freno, se viera aprisionada y retorcida hasta la altura de la rodilla por la carrocería despachurrada. Pese al buen hacer de los bomberos y el personal de urgencias, aquel miembro no podía salvarse y se requería de una amputación para evitar males mayores. Para su desgracia, por los dolores que le tocó padecer, y por fortuna, en cuanto que no hubo que consultar a familiares o esperar que pudiera decidir sobre el futuro de su pierna, Leonardo se mantuvo consciente durante todo el tiempo y, una vez estabilizado por los del SAMUR, mostró una entereza digna de encomio cuando aceptó las razones que yo, como cirujano a cargo de la operación, le hube de dar y se resignó a perder su pierna a una altura ligeramente superior a la rodilla maltrecha.

La amputación fue rápida y sencilla. El muñón quedó bastante bien, dadas las circunstancias, y Leonardo, cuando se recuperaba de la anestesia y fui a verlo, me dio efusiva y exageradamente las gracias por mi labor que, según él lo presentaba, poco menos que le había salvado la vida. Más tarde me siguieron sorprendiendo su buen humor y lo poco que se quejaba de los dolores fantasmas que suelen aquejar a los amputados.

Leonardo no tenía familia directa. No esposa e hijos ni nadie que viviera con él. Durante su estancia en el hospital vinieron a visitarlo su madre viuda y su única hermana que vivían en el pueblo –no recuerdo su nombre: ni de la localidad ni de las mujeres- y también un par de compañeros de trabajo.

Leonardo era operario de una máquina –no sé exactamente cuál- en una industria conservera. Y estaba satisfecho con su trabajo, lo cual no dejaba de ser sorprendente. Igual que daba gracias porque el accidente que lo dejó cojo y tullido no iba a afectarle a sus labores con el aparato.

Realizó la rehabilitación de modo ejemplar. Con esfuerzo constante y sin una sola queja. Y se mostró divertido al ver la

prótesis de acero y plástico con que sustituimos la extremidad perdida. Cuando le dimos el alta y vino a despedirse de mí tras un par de meses de visitas periódicas, me regaló una caja de vino de su pueblo, agradecido por "todo" lo que habíamos hecho por él.

Leonardo era un tipo curioso. Una de esas personas amables y bondadosas de las que agrada conocer y tratar. Me sorprendió su bonhomía y también su buen carácter. Pero me sorprendió bastante más su visita tres meses más tarde, para una nueva revisión del estado de su muñón.

El paciente estaba contento. No es extraño que alguien que ha sufrido un accidente y padezca cierta minusvalía se mantenga feliz pese a todo. Lo raro es que se muestre satisfecho con su pierna perdida. No al modo resignado del que acepta su destino como si fuera obra de alguna divinidad que para todo tiene sus razones, sino feliz con la propia pérdida. No porque no hubiera notado menoscabo en sus facultades. Al contrario. Según él:

-Creo incluso, doctor, que desde que perdí la pierna ando más lúcido, como si alguna bombillita se me hubiera encendido en la cabeza.

Él no explicó más allá su impresión y yo no le di mayor importancia. Hay muchos pacientes que, tras sufrir una experiencia traumática, sienten que la vida les cambia, que se vuelven otras personas, como si el accidente les hubiera servido de acicate o les permitiera ver la vida de otro modo.

Como su pierna estaba bien, le animé a seguirse cuidando y lo cité para tres meses después. No esperaba verlo antes. Y, sin embargo, se presentó, y no por propia voluntad, tan sólo dos meses más tarde. Leonardo había sufrido un nuevo y grave accidente. Esta vez en el trabajo.

Era operario de una máquina, no recuerdo exactamente de qué, en algún tipo de cadena de montaje. Y jamás había sufrido el menor percance con ella. De hecho, las medidas de seguridad de la fábrica debían ser buenas, o la peligrosidad de los instrumentos más bien escasa, pues me comentaron, y lo pude comprobar, que en veinte años de funcionamiento aquel accidente de Leonardo había sido el más grave, el único realmente digno de reseñar. Tan extraño que alguno

hasta quiso ver premeditación o voluntariedad al menos por parte de Leonardo, más allá del simple accidente o una imprudencia, cuando introdujo su brazo en aquel engranaje y se le seccionó el antebrazo hasta hacer crujir los huesos. Radio triturado y cúbito con fractura múltiple, por no hablar de la carnicería en tejido muscular, conjuntivo y adiposo. Algo tan grave que el brazo quedó inútil y perdido. Tan serio como que hubo que amputárselo a la altura del codo y fabricarle un nuevo y coqueto muñón. Se trataba del brazo izquierdo y Leonardo era diestro. Dentro de lo malo, una ventaja para él, sí. Pero también algo más extraño. ¿Qué hacía el brazo izquierdo que no utilizaba para operar la máquina atrapado dentro de sus hierros?

Yo no quise preguntar demasiado. Leonardo parecía aterrado. Esta vez llegó muy pálido, más por la impresión que por la pérdida de sangre, reducida por un torniquete y la inmediatez del transporte por los de urgencias. Llegó a desmayarse cuando se le estabilizó. No dudo de que los dolores fueran atroces. Pero también es cierto que Leonardo estaba menos entero.

-Doctor, tengo la negra. ¡Soy un desgraciado! –fue lo único que me dijo, entre llantos, poco antes de perder el sentido.

Se hizo lo que se pudo y, si no el brazo, al menos la entereza y la fuerza de ánimo sí que se recuperaron. Luego, cuando el paciente estuvo despierto y más animado, sí que me extrañaron sus palabras. Leonardo parecía obsesionado por unas ideas alocadas que yo entonces, más por costumbre que por convicción, quise atribuir al estado de shock en el que todavía se encontraba.

-Doctor, creo que, desde que perdí la pierna, y más ahora sin el brazo, me estoy volviendo más listo, como si, de repente, la mente me hubiera quedado más despejada.

Yo lo supuse un desvarío propio del traumatizado que trata de encontrar su equilibrio. No sospechaba que aquellas ideas eran ya una obsesión, el fruto de un pensamiento circular, próximo ya a la locura, que hasta contaba con su propia y retorcida lógica interna.

-Debe descansar, Leonardo, si realmente desea recuperarse lo antes posible.

Fue lo único que consideré adecuado decirle después de escuchar, con aparente interés, la breve exposición de su insensatez.

Leonardo era un buen hombre. Un tipo ignorante y bienintencionado, sin grandes aspiraciones y, como él había indicado, con una buena porción de mala suerte. Si es que la suerte existe realmente, más allá del simple azar, como agente rector de los destinos. Enfrentado a su primera crisis, dio en aquel absurdo pensamiento. Al afrontar la segunda –si es que no era ésta consecuencia de la primera y fruto de su extravagante modo de pensar-, mantuvo sus ideas y las profundizó. Yo no les di mayor importancia, como digo. Al cabo de dos semanas desde su ingreso y tras la segunda amputación, puesto que no hubo complicaciones por infección y la terapia de rehabilitación podía y debía seguir fuera del hospital, le di el alta y me olvidé de él hasta la siguiente revisión que le tocaba.

Llegado el día, yo, tras repasar sus informes, sólo aguardaba su llegada para comprobar, como hacía con todos los pacientes, cuál era su evolución tras las intervenciones a las que había sido sometido. Ni por asomo podía imaginar que mi labor de traumatólogo y cirujano iba a verse confundida con otra bastante más compleja y para la que yo no estaba cualificado ni en absoluto preparado. Por unos minutos, me vi obligado a ejercer de improvisado psiquiatra. Ya nunca olvidaría a Leonardo Benítez.

-¿Cómo se encuentra, Leonardo? –le pregunté, nada más entrar, con ensayada e intrascendente profesionalidad.

-Muy bien, doctor –contestó de inmediato, el rostro iluminado.

-No sabe cuánto me alegro de que haya superado tan bien la situación. No todo el mundo se sobrepone a una desgracia así…

Yo iba a comentarle lo importante que era, en su evolución, el que mantuviera ese buen ánimo y la fuerza de voluntad suficiente como para proseguir con su rehabilitación, por dura que fuera. Pero no pude soltar mi perorata. Leonardo parecía haber estado aguardando mi primera pregunta para soltar todo lo que guardaba dentro.

-¿Desgracia, doctor? Bueno, también lo pensaba yo al principio. Pero es que entonces todavía no sabía. Estaba asustado y

me sentía inválido. Pero desde hace un tiempo he empezado a comprender lo afortunado que soy.

Afortunado por sobrevivir a dos accidentes, pensé yo. Pero estaba equivocado. ¿Afortunado por haber sufrido los accidentes? Tal parecía ser la idea del paciente. Y de un modo bastante explícito me la explicó:

-Doctor, sé que usted no me creerá. No, cuando menos, a la primera. Pero debo decírselo para que lo sepa. He sido muy afortunado por los dos accidentes. He comprobado que, gracias a ellos, y lo que yo consideraba terribles pérdidas, se me ha abierto un mundo nuevo y más amplio ante los ojos. Doctor: me estoy volviendo más listo.

Debí de poner un gesto extraño, porque Leonardo me sonrió condescendiente. Pero no me dejó interrumpirle. Lo que él pretendía era explicarme sus sensaciones y cómo las había racionalizado.

-Al principio sólo había dolor y ausencia. Pero luego fue como si una bombillita se me hubiera encendido en la cabeza. Entiéndame, doctor, yo nunca he sido un tipo brillante, ni tan siquiera culto. Más bien al contrario, todos, incluso yo mismo, me han venido considerando un zote. Y estaban en lo cierto. Pero ya no. Y no diré que me haya vuelto una lumbrera, pero sí que tengo mucho más despierta la mente.

Para este punto de la explicación yo volvía a sentirme tranquilo. Parecía tratarse de una historia de superación. La gente quiere creer que el inválido compensa su falta con el desarrollo de otros órganos y sentidos. Y tiene su parte de razón. Pero la superación es fruto del esfuerzo y la práctica, no de una magia intrínseca a nuestros vulgares organismos. Yo pensaba que Leonardo había descubierto su mundo interior durante la convalecencia y que ahora se sentía satisfecho con la posibilidad de cultivar su espíritu como nunca hasta ahora lo había hecho. Yo me equivocaba. Cuando Leonardo prosiguió con su argumentación, hube de asumir que mi paciente estaba loco, aunque no podía negar que su nueva obsesión tenía una lógica interna tan diabólica como retorcida.

-Yo antes sabía las cuatro reglas pero no las entendía. De hecho no entendía casi nada. Y ahora, cómo le diría, empiezo a

comprender. Aunque mi mente todavía no está todo lo despierta que a mí me gustaría. Tal vez una pierna y medio brazo no sean suficientes –esto último lo dijo más para sí que como parte de la disertación-. Pero no me quejo. Podía haberme pasado toda la vida siendo un adoquín y sin que me importara lo más mínimo.

-Me alegro de que haya descubierto ese… ese mundo interior –le dije, más por no estar callado que por entenderle o tener mucho interés en comprenderlo.

-¡Oh, doctor, no se trata de descubrir, sino de desarrollar! Y es lógico. Al principio me extrañó sentirme más inteligente. Y pensé que me engañaba. O que era fruto del aburrimiento que acompañaba a la convalecencia y la rehabilitación. Pero pronto supe que no era así. Y el segundo accidente me lo ha confirmado. Y es lógico.

Lógico, lo que se dice lógico, yo no lo veía por ninguna parte. Bien es cierto que, realmente, ya no entendía nada de lo que me comentaba aquel hombrecillo al que empezaba a considerar un lunático.

-Si lo mira bien, doctor, es perfectamente lógico. Nuestro cerebro se encarga de controlar todo el cuerpo y sus funciones. Y las neuronas que sobran se usan para pensar. Pero, claro, si yo pierdo mi pierna, sigo conservando las neuronas que se encargaban de ella. Por eso, sobre todo al principio, uno siente la pierna y los dedos, le duelen y hasta tiene la sensación de que los mueve o se le duermen. Pero el caso es que la pierna ya no está y las neuronas sí. Y las neuronas no dejan de hacer lo que saben: mandar sus impulsos nerviosos y demás. Así que no es raro que, ya que han perdido su función, sean capaces de cambiar de objetivo y, ahora que no tienen que atender al estado y movimientos de la pierna, se dediquen a pensar, como las demás neuronas desocupadas. Por eso, cuando perdí la pierna, me volví algo más listo. Porque tenía más neuronas pensando. Y luego, al perder el antebrazo, comprobé que la inteligencia también me aumentaba, al no tener una extremidad a la que atender. Cuantos menos miembros tengo, mejor pienso. Es lógico, doctor.

Bueno, lógico sí. Y una auténtica locura también. Cómo explicarle a ese pobre hombre que sus neuronas de adulto ya no eran capaces, como las de un bebé o un niño, de readaptarse y asumir

nuevas funciones. Cómo decirle que sus neuronas motoras y sensitivas nunca sabrían hacer otra cosa que atender a unos miembros ya inexistentes, que habían sido incinerados o enterrados, vaya usted a saber dónde. Era inútil decirle aquello. El pobre hombre había encontrado un consuelo a su desgracia. Aunque la obsesión en sí, a mí más bien me parecía peligrosa. Porque, conforme hablaba, yo tuve la sensación de que el segundo accidente había sido, si no intencionado, sí al menos fruto más de negligencia que de descuido. Tal vez hasta se trató de un experimento afrontado por aquel sujeto con la esperanza de "comprobar" su absurda teoría.

-Por su gesto veo que no me cree, doctor.

Claro que no le creía. ¿Cómo iba a hacerlo? Pero tampoco iba a decírselo así.

-Comprenda que es difícil de creer.

-Ya, necesita pruebas. Pregúnteme algo. El producto de dos números hermosos.

Ahora parecía un espectáculo de circo. Y yo empezaba a sentirme ridículo. Un loco ni tan siquiera nos provoca vergüenza ajena, sino un punto de lástima y otro de tristeza. Preferí seguirle el juego:

-Cuarenta y dos por doce -eran las edades de mi mujer y mi hijo.

-Va, eso está chupado. Quinientos cuatro. Póngamelo más difícil.

-Trescientos ocho por veinticuatromil ciento dos –dije a voleo.

-Siete millones cuatrocientos veintitresmil cuatrocientos dieciséis –respondió al instante, sin dudar.

Luego comprobé que había acertado.

-Raíz cúbica de cuatromil novecientos trece –le lancé entonces decidido, sin saber si esa habilidad se incluía entre sus capacidades matemáticas. Esa raíz me la sabía, vete a saber por qué la recordaba de los tiempos de estudiante.

-Fácil: diecisiete –dijo y acertó, para mi pasmo, con suficiencia.

Tampoco era tan prodigioso. Hay gente bien normal que tiene esas habilidades numéricas. Incluso bobos sabios. Incluso animales

entrenados, como aquel famoso caballo que respondía con aciertos al interpretar las emociones del entrenador cuando le hacía complejas preguntas matemáticas.

-Doctor, lo bueno del asunto es que, antes de las amputaciones, yo, además de hacer apenas la o con un canuto, me las apañaba contando, y mal, con los dedos. ¿Ve como me estoy volviendo mucho más listo? ¡Es que ahora me sobran neuronas!

Yo ya no sabía que decir. Por una parte, deseaba despedirlo con viento fresco. Decirle que estaba sanísimo y que le aprovechase su inteligencia "prodigiosa". Pero me temía que, si le decía algo así, el tipo se marcharía convencido, al margen de mi tono irónico, y deseando tener otro accidente para volverse lumbreras total. Así que intenté ser más racional que él y más paciente de lo que acostumbro.

-Mire, Leonardo. Entiendo que esté fascinado por estas, digamos, nuevas habilidades suyas. Pero no debe engañarse pensando que tienen nada que ver con la pérdida de sus miembros. Hay personas que, sometidas a una situación límite, a un shock físico o emocional, son capaces de dar respuestas inesperadas y sorprendentes –esto era cierto, al menos en parte-. Y me parece que puede ser su caso. Me alegro, de veras, de que su cerebro se haya activado ante la desgracia que le ha sobrevenido. Pero no debe usted empecinarse con ese asunto. Físicamente le encuentro a usted muy bien, así que espero que no se me obsesione con ideas absurdas que le pueden hacer padecer males que ahora no tiene ni, supongo, desea.

-No se preocupe, doctor. Que no estoy loco ni voy a hacer ninguna locura. Estése tranquilo. Veo que no me cree y no le voy a insistir al respecto. Tal vez tenga usted razón y necesite más reposo –afirmó, sin convicción, obviamente para tranquilizarme-. Prosiga con su reconocimiento, que yo ya no le entretengo más.

No parecía irritado ni molesto por mi reacción. Su ecuanimidad, al menos aparente, me sorprendió. Así que me limité a seguir su consejo. Le hice una completa exploración, deteniéndome particularmente, por ser lo que más me interesaba, en sus muñones. Como había prometido, no me interrumpió. Al acabar el reconocimiento, me dio las gracias. Incluso me regaló una botella de vino, escogida –debo admitirlo- con muy buen gusto. Yo lo emplacé

para la siguiente revisión y me despedí de él un poco confuso, y confiando en que aquellas tenebrosas neuras de mutilación acompañada de inteligencia hubieran desaparecido para entonces.

Debo admitir que pensé en sus palabras durante un tiempo. Y que comprobé que había acertado con las dichosas operaciones aritméticas –ya sé que no son prueba de esa inteligencia de que presumía, pero yo sentía curiosidad al respecto. Aunque también que intenté olvidarme de él durante los siguientes días. No tantos como yo hubiera deseado, porque se presentó en mi consulta al cabo de un mes. Dos antes nada menos que la fecha de la siguiente cita. Por suerte –aunque no sé si es acertado considerar tal situación afortunada-, en esta ocasión no vino herido ni mutilado. Estaba físicamente como la otra vez. Por desgracia, su mente se encontraba bastante peor que antes. Aunque él presumía de una mayor claridad de ideas que durante la última visita. Yo sólo puedo asegurar que tenía ojos de alucinado.

Nada más entrar, me dirigió una mirada escrutadora y desafiante y lanzó su propuesta de un modo directo:

-No vengo a mi revisión, doctor. No me he confundido de fechas. Vengo a usted porque le tengo confianza. Y porque necesito que me ampute la pierna izquierda.

Como vio que yo me quedaba paralizado y con cara de susto, se apresuró a explicarse, aunque era básicamente innecesario.

-Una pierna o ninguna ya me es lo mismo. Con las prótesis, y hasta sin ellas, me puedo apañar bastante bien. Pero necesito desarrollar más mi inteligencia y ese miembro me estorba. Estoy alcanzando un grado de consciencia inimaginado y debo dejar libre un trozo más de mi cerebro para que, desconectado de la pierna, pueda darme el plus de lucidez que me hace falta.

Yo intenté sobreponerme a la impresión y, pretendiendo ser razonable, traté de convencerlo, haciéndole ver que aquello no tenía sentido. Pero no había modo de hacerle cambiar sus ideas. Estaba convencido de que su cerebro funcionaba infinitamente mejor ahora que sus neuronas no se hacían cargo de una pierna y un brazo. Cuando le dije tajantemente que yo no era un carnicero dispuesto a cortarle

un miembro sano él, lejos de irritarse, pareció decepcionado y, a la vez, triste por mí cortedad de miras. Pero no insistió.

-Habría preferido que fuera usted, doctor. Pero veo que está atenazado por los prejuicios. Lo veré en la próxima revisión.

Y no hubo más. No hasta su siguiente visita. Que se produjo un mes más tarde de lo previsto. Bueno, en realidad fue en el día concertado. Fui lo bastante negligente para no haberme informado del aplazamiento de su revisión. Cuando entró por la puerta, venía en silla de ruedas. Estaba feliz. Y no llevaba prótesis. Ni tenía pierna izquierda. Obviamente, había encontrado su carnicero. O había sufrido un nuevo y oportuno "accidente".

Ahora, sin piernas, venía en silla de ruedas. Sus análisis eran normales, saludables incluso. Y yo no deseaba hablar de ninguna otra cosa, ni tan siquiera de su demencia que le había llevado a esa lamentable situación. Pero él quería alardear y me comentó los grandes progresos de su cerebro ahora que se había librado de la carne que, según él, le sobraba. Sin pierna su mente se había despejado aún más. Era capaz de hablar tres idiomas con relativa soltura cuando antes se manejaba, y mal, con el castellano.

-¡Y los he aprendido en poco más de un mes!

Pero, según él, el progreso había sido monumental durante el último mes, ya recuperado de la última amputación. Su mente preclara, poseedora de mayores recursos una vez eliminada la carga extra, era capaz de abordar nuevos desafíos: estudiaba en la universidad, dos carreras: historia y matemáticas. A la par se dedicaba a sus idiomas, leía lo que caía entre sus manos, jugaba al ajedrez, cada vez, según él, a un mejor nivel. Este Leonardo, como su homónimo del pasado, presumía de saber casi de todo. Y gracias a aquella cirugía de amputaciones. Al contrario que el genio del pasado, en el caso de mi paciente, al margen de autosugestión, creo que sólo había locura. Intenté razonar de nuevo con él. No podía seguir por aquel camino. Había puesto en grave peligro su salud. La mental, según yo lo veía, ya estaba perdida, pero no era cuestión de decírselo.

-Doctor, usted no me comprende. Y le tengo cierta lástima. Porque me caía usted bien y pensaba que era un hombre razonable. Su modo de pensar le condena a la mediocridad.

Y yo la prefería. Pero no quise seguir argumentando. Era como hablar con una pared. Él debía de opinar lo mismo, porque no insistió, ni me comentó sus planes futuros, que los había. Leonardo se marchó. Y yo me quedé preocupado e intrigado, pendiente de su siguiente visita.

La nueva revisión fue esperanzadora. Leonardo no había realizado ningún "incremento" intelectual, es decir, no había perdido más miembros, si bien la locura seguía en fase galopante. Ahora me hablaba de física de partículas y de cosmología, sus dos nuevos intereses, amén de su recién descubierta afición a las teorías económicas y a la informática. Era sorprendente la actividad que aquel tipo era capaz de desarrollar. Antes de irse me asustó mucho más con un comentario de los suyos:

-Doctor, de verdad, si pudiera prescindiría de todo mi cuerpo. Si fuera posible me gustaría ser un cerebro flotando en una piscina, conservando de algún modo mis sentidos. Entonces sí que podría pensar libremente.

No volví a verlo. Para su siguiente consulta, casi seis meses más tarde, yo estaba de vacaciones. Lo atendió un compañero, Gómez. Y se quedó pasmado con el personaje. Lo sé porque me lo comentó, entre sorprendido y asustado. Sabía que era mi paciente y me preguntó por él. Le comenté sus antecedentes y él, tras soltar largo y sonoro suspiro, me indicó el nuevo aspecto de nuestro amigo: se había librado del brazo que le quedaba y de los muñones que aún portaba. Su carnicero particular era un auténtico fenómeno carente de escrúpulos. Supongo que, si se lo hubiera pedido, también le habría quitado un riñón, un ojo, medio hígado, las orejas, la nariz o lo habría desollado. No se me ocurre mucho más de lo que el amigo Leonardo hubiera podido desprenderse.

-¡Menudo chalado! –me dijo Gómez- Pero tendrías que haber visto su agilidad de cálculo y su memoria.

Yo me las imaginaba. Y tenía tanto miedo como curiosidad por la siguiente visita. Que no se produjo, lo cual me inquietó. Era para seis meses más tarde, pero Leonardo Benítez no se presentó a la consulta. Ni lo hizo más adelante. Nunca volvió por el hospital y yo, admito que con un punto morboso, tuve la curiosidad de comprobar si

había fallecido. No pude confirmarlo. Legalmente seguía con vida. Aunque igual andaba de peregrinación por esos mundos de Dios, exhibiendo sus "dotes" o deshaciéndose de más "lastre". Aunque resultaría incluso posible que Leonardo ya no existiera y que, al encontrarse varios trozos suyos por ahí dispersos nadie hubiera pensado que pudieran ser unidos para formar una misma persona. O tal vez, rizando el rizo de este extraño asunto, resulte que mi paciente estuviera en lo cierto y su suprema inteligencia le haya permitido cumplir su sueño y convertirse en el genio superior que deseaba y ahora su potentísimo cerebro se halla flotando en una piscina de suero por un proceso diseñado por él mismo y su mente portentosa, con su increíble claridad de ideas, va camino de realizar los más prodigiosos descubrimientos.

En fin, que el tipo tenía su gracia y daba pena y que, si alguien sabe de él, le agradecería, aunque sólo sea por curiosidad profesional –también por morbo, lo admito-, que me indicara qué ha sido de Leonardo Benítez y su extraña chaladura. Yo soy Márquez, el doctor Venancio Márquez, adjunto al departamento de Traumatología de este hospital. Y gracias por escucharme con tanta atención como me ha parecido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL ESPEJO

Pensarán que estoy loco, a veces yo también lo pienso. Mi nombre es Eduardo, nací en Segovia hace ahora 42 años y desde que mi memoria puede abarcar siempre he sentido que ella es más real de lo que lo soy yo.

No sabría bien cómo empezar a narrar de forma coherente una experiencia que se pierde en la incoherencia, o a la que por lo menos yo, no le encuentro explicación, aunque ya hace muchos años que dejé de buscarla. Uno se acostumbra a vivir con lo inexplicable si es un hecho reiterado, a asumirlo como parte propia de la vida. Por lo menos eso es lo que me ocurre a mí. Tampoco podría decirles cuándo fue la primera vez que supe de su existencia, creo más bien que

siempre la he sentido indisolublemente unida a la mía. Desde mi infancia ha sido para mí una presencia constante, sin duda alguna y también sin temor.

Una de mis primeras experiencias surgió delante del espejo, mientras mi madre me peinaba y yo miraba embelesado el ir y devenir de sus manos sobre mi pelo infantil, cortado a tazón, según moda de la época. Fue entonces cuando la vi, mirándome desde mis propias pupilas reflejadas en el cristal del espejo, inflamadas por la emoción. Se asomaba a mi mundo, aunque yo sabía ya que ella vivía dentro de mí. En ese momento tuve la absoluta consciencia de estar ligado a ella, por un vínculo desconocido, ajeno, pero indisociable de mí mismo. No piensen que aquella vez fue traumática para mí, tan sólo sentí la revelación de un sentimiento que ya llevaba mucho tiempo en mí. Me asombró que mi madre no la viese, que no percibiese que yo no era el que se miraba en ese espejo, que había otra persona allí. En todo este tiempo nadie se ha dado cuenta de que ella existe. En ocasiones, cuando me levanto a primera hora de la mañana para acudir, como cada día, al trabajo, me miro sin reconocerme. Es imposible, pienso, pero es tan real como pueda serlo yo. Al principio, creí que este tipo de sensaciones eran comunes a todo el mundo, pero pronto aprendí a no hablar de ellas más de lo necesario. Sólo a algunos amigos muy íntimos les he contado mis experiencias, y siempre he obtenido la misma respuesta: "busca ayuda psiquiátrica". Quizás un día me decida a hacerlo, pero créanme si les digo que no lo hago más pensando en ella que en mí mismo. Ponerla al descubierto, hablar de ella delante de un extraño, me parece traicionarla, descubrir su intimidad ante quien ella no ha elegido. Ya les he dicho que la siento de forma real y que me he acostumbrado a su presencia. Ella nunca ha conturbado mi vida personal, únicamente en algunas ocasiones me he sentido extraño al tener la sensación de no reconocerme, como les decía, pero lo he asumido. A veces, es cierto, me evado de la situación en la que me encuentro, como si ella tomase el mando. Pero rápidamente vuelvo y no he tenido problemas nunca con estos pequeños lapsus, ni en el trabajo ni en mi vida personal.

-Vanesa, ¿vas a venir o no? Ya hace un rato que nos están esperando.

Me llama a mí. Soy Vanesa. Siempre lo he sido. Tengo la sensación de haberme perdido en el camino del tiempo y regresar cansada y soñolienta, adormecida y entumecida. Me miro al espejo, y veo una mujer todavía hermosa, de tez morena y ojos claros, con el pelo oscuro cayendo descontrolado por mis hombros. ¡Claro! Estaba peinándome, ahora lo recuerdo.

-¿Terminarás alguna vez de arreglarte, cariño? Siempre llegamos tarde. Cuando te pones delante del espejo el tiempo se nos escapa.

-Dame un minuto. En seguida voy.

Es mi marido. Nunca deja de admirarme su paciencia, ni tampoco la facilidad con la que acepta mis explicaciones sobre la pérdida de tiempo delante del espejo. No le he dicho nada, para no preocuparle. Mario se preocupa con cualquier nimiedad, y además creo que no lo entendería. Llevo dieciséis años casada con él, y ahora, a mis cuarenta y dos años, sigo siendo una mujer feliz. No hemos tenido hijos, más por mi negativa que por decisión de Mario. Él siempre ha adorado a los niños, pero yo jamás me he sentido capaz de tener sobre mi conciencia el traer un niño al mundo que sintiera lo mismo que yo siento. Porque esto no es de ahora, es desde siempre, desde que yo pueda recordar. Al principio era un amigo de la infancia, un niño de mi edad con el que podía jugar. Mi madre me decía que era un amigo imaginario. Nunca le he tenido miedo, no hay razón para ello. Sin embargo, aún hoy en día, no me gusta hablar de él. Lamento haberlo hecho ahora, es este maldito espejo. Perdónenme, debo seguir arreglándome. Pensarán que estoy loca, no se lo recrimino, a veces yo también lo pienso.

Nox

LA LOCURA COSTUMBRISTA

La vida es demasiado corta como para tomársela en serio. O, tal vez por eso mismo, deberíamos tomarnos mucho más en serio lo que hacemos. Como inquilinos provisionales y perecederos de este mundo, con nuestro tiempo limitado y pocas posibilidades de trascendencia,

tal vez deberíamos dar mucha más importancia a todo lo que hacemos. No son tantos los actos que podemos ejecutar en nuestra vida y no estaría de más el seleccionarlos para poder estar orgullosos del camino que dejamos a nuestra espalda.

Y, sin embargo, qué ridículos somos, cuántas locuras hacemos, cuántas sandeces. De qué modo tan peregrino malgastamos nuestro tiempo y nuestra vida. Y, lo que es más importante, qué graves pueden ser las consecuencias de esos actos que ejecutamos por costumbre, dejándonos llevar sin pensar, haciéndolos "como todos lo hacen", sin pensar en si son razonables o no, ni menos aún en sus posibles consecuencias. Si el hombre está loco, es normal que la humanidad, como conjunto, lo esté aún más, aunque la locura, como pasa siempre con los grupos, tienda a hacerse uniforme y de rebaño.

¡Hay tantas tonterías que repetimos una y otra vez sin pensar! Condenas pendientes sobre nuestras cabezas que nosotros sancionamos una y otra vez aunque en nuestra mano resida la capacidad de indulto. ¿Por qué malgastamos nuestro tiempo como si fuera eterno? ¿Por qué dedicamos nuestras vidas a asuntos que no nos interesan o nos resultan desagradables? ¿Por qué nos sometemos a absurdas convenciones sociales, a reuniones de familia, de amigos, a "celebraciones" comunales? ¿Por qué esquilmamos ciegamente los recursos del planeta condicionando nuestro futuro y el de nuestros descendientes? ¿Por qué cambiamos el clima del planeta, conscientes de las consecuencias de nuestros actos? ¿Por qué quemamos petróleo para movernos cuando es insustituible y sirve para fabricar tantas cosas útiles? ¿Por qué desertizamos nuestro planeta y lo contaminamos, privándonos de suelo, agua, lluvia? ¿Por qué nos matamos los unos a los otros por intereses mezquinos o, peor aún, intereses ajenos? ¿Por qué seguimos a líderes obtusos y nos dejamos invadir por sus absurdas ideas? No tiene ninguna lógica, ningún sentido. Será porque somos idiotas, o estúpidos o, lo más probable, porque somos las dos cosas a un tiempo y no podemos evitar caminar directa y voluntariamente hacia nuestro propio desastre.

Hacemos demasiadas locuras porque se han hecho siempre, porque están asumidas como válidas y correctas, porque es la costumbre o la tradición, o porque nos da miedo cambiar lo que hasta

ahora parece habernos funcionado (lo que ya es mucho suponer). Estamos burriciegos y llevamos puestas unas bonitas anteojeras. Y luego nos empeñaremos en presumir de lo sensatos, razonables e inteligente que somos. ¡Pandilla de imbéciles engreídos!

Juan Luis Monedero Rodrigo

PROGRES LOCOS

Es evidente que cada cual cuenta la historia según le va y que todos, en mayor o menor medida, tratamos de acomodar el mundo a nuestra propia visión de él, convirtiendo nuestros pensamientos, ideas e impresiones en realidades objetivables. Y luego, cuando cambiamos de ideas, tenemos bien claro que la verdad ha sido alcanzada y que el axioma anterior era tan sólo un error. Así, de error en error, uno va cambiando de axiomas y, teniendo en cuenta que la veteranía es un grado y que son las personas maduras las que ocupan los cargos de responsabilidad y rigen el mundo, no es raro que la sociedad se vea impregnada por la visión de los que la manejan. Y es curioso como, a lo largo de la vida de cada cual, parece lógico que se pase del más extremado espíritu revolucionario del joven al más completo conservadurismo teñido de pesimismo del anciano. Que es, por cierto, el que impregna, a través de los mandatarios entrados en años y experiencia, las directrices que gobiernan el mundo. ¡Menuda evolución la de los pobres progres del pasado!

El joven tiende a ser revolucionario o casi, soñador empedernido, adalid de causas imposibles, deseoso y convencido de poder cambiar el mundo y mejorarlo, de hacerlo progresar a buen ritmo, logrando en una sola generación lo que los siglos pasados y sus sucesivas generaciones de revolucionarios no han conseguido alterar. Parece natural y deseable ese espíritu de los jóvenes. Y es más, ¿quién en su sano juicio afirmaría no ser progresista, cuando el progreso, aunque sólo sea nominalmente, significa avance y mejora? Hasta los más reaccionarios perdonan el progresismo en los jóvenes: "locuras de juventud", dicen, aunque en realidad parecen recordar su pasado y perdonar en persona ajena sus propios pecados de juventud progresista y utópica.

Y, sin embargo, son muchos los que, a lo largo de los años, realizan el tortuoso viaje desde el progresismo militante, utópico y destructor de normas, hasta la asimilación de los supuestos conservadores que denostaban e incluso la asunción del ideario más recalcitrantemente reaccionario. ¿Cómo se explica este cambio tan drástico? ¿Es simple evolución natural? ¿Se debe a esas "locuras de juventud" que llevan a abrir paulatinamente los ojos a otra realidad? ¿Nos volvemos más listos, prudentes y sensatos con la edad?

Personalmente no me creo mucho eso de la sabiduría que trae la edad. No estoy seguro de que el diablo sepa más por viejo que por diablo. Conozco a muchas personas maduras que son perfectas estúpidas y, en general, el que fue tonto de joven, lo seguirá siendo de mayor. Aunque sí puedo aceptar que la vida nos da enseñanzas y nos hace madurar, sea esta maduración lo que sea. Las experiencias, la realidad nos van moldeando y modifican nuestro ideario y aspiraciones. Pero me da la impresión de que el tránsito al conservadurismo desde el afán de cambio tiene más componentes que los estrictamente intelectuales.

Cada cual cuenta la historia según le va. Y así no es raro el paso del progresismo al conservadurismo. Porque aquél que tiene éxito material en su vida, con los años se vuelve celoso de sus logros. Tiene algo que conservar y lucha por mantenerlo, sean bienes, privilegios o estatus. Mientras que aquél que no ha logrado triunfar de algún modo, puede mantener su postura revolucionaria, con ese afán de cambio que lo acerque al sueño del que se cree injustamente privado. Tal vez, incluso, sea uno de esos idealistas auténticos que creen en la filantropía, la justicia social y el fin de las lacras de la humanidad si todos arriman el hombro. Si se trata de uno de éstos, obviamente será tratado de loco por todos los que mantienen los pies bien amarrados al triste suelo.

Pero la otra postura "madura" del fracasado suele ser la de "aterrizar" en el mundo y asumir la "realidad". Tenga mucho o poco, el individuo suele resignarse a su suerte, decepcionado tras años de lucha infructuosa y muchas veces sin sentido, las ideas antiguas convertidas en ridículas o absurdas y la innegable realidad de un mundo injusto pero que "funciona así" se impone en sus mentes ahora

desencantadas y necesitadas de alguna seguridad. Y, desengañados por los sueños fracasados, estrellados contra condicionantes más fuertes que la suma de muchas o pocas voluntades, asumen que, ya que el cambio –al menos el que ellos conocen- conduce al fracaso o al empeoramiento de la situación, mejor dejarlo todo como está puesto que, para bien o para mal, las cosas parecen funcionar y seguir su curso.

Así, da la impresión de que el progre se transforma en conservador no por verdadera convicción. Los sueños suelen ser demasiado bonitos como para abandonarlos por su mera irrealidad. Acaso se está loco de joven y la sabiduría sobreviene con la madurez. Pero más bien parece que la madurez trae la resignación, el desencanto o la decepción.

Y uno no sabe si sentir lástima o admiración por esos locos revolucionarios y progresistas. Y el que se resigna a su paralítica madurez tal vez, mientras observa con condescendiente desdén al lunático que cree en el cambio a mejor, recuerda con sonrisa soñadora aquel tiempo en que también su corazón inmaduro albergaba ilusiones que iban más allá de la triste e injusta realidad a que ahora dice aspirar como la mejor posible.

¡Pobres progres locos! ¡Y pobres de los que nunca lo fueron y de los que ya nunca lo volverán a ser!

Juan Luis Monedero Rodrigo

VISIONES

Hola, a todos. Debería presentarme, pero no es tan sencillo como parece. Me llamo Roberto, creo. Y desde hace mucho tiempo he sabido que tengo un problema. Bueno, en realidad siempre he tenido ese problema aunque tardé en descubrirlo. Ahora parece que tengo dos, e increíblemente el segundo es aún más serio que el primero. Aunque me temo que este último es consecuencia del primero, lo cual me hace sentir aún más asustado. De mí mismo.

Con catorce años me diagnosticaron esquizofrenia. Aunque creo que la padecía desde, por lo menos, dos años atrás. ¿Han visto una película de James Stewart en la que el actor habla con un amigo invisible, una especie de conejo de dos metros, como si fuera un tipo

real? Bueno, pues a mí me sucedía algo parecido. La película era divertida, pero les aseguro que oír voces y tener visiones que no existen en la realidad es terrible. Lo que no sabría decirles es si lo más terrible son las visiones en sí, que a veces son monstruosas, o ser consciente de que son falsas y uno no está en sus cabales. Yo creo que lo peor es confundir fantasía con realidad y no ser capaz de diferenciar sus límites. Y me temo que, por más que durante un par de años pensé que podría llevar una vida más o menos normal, finalmente ha resultado que estoy más loco de lo que pensaba. Y me temo que me haya podido convertir en un criminal.

En realidad fui afortunado. Después de varios años de mi vida perdidos entre la locura, la paranoia y toda una serie de medicamentos incapacitantes, tuve la suerte de conocer a la doctora Jiménez. Loreto, mi psiquiatra. Más que mi médico. Más que una amiga. Creo que, aunque nunca se lo he dicho, estoy enamorado de ella. Loreto es… Era, ya no sé. Loreto fue mi salvadora O yo lo creí así. Fue ella quien me enseñó a asumir mis visiones como algo con lo que tenía que vivir pero por lo que no debía dejarme controlar. Conocer y comprender mis visiones para poderlas rechazar, para vivir del modo más normal posible, sin necesidad de atiborrarme de drogas, aunque nunca pudiera renunciar del todo al tratamiento. Ella me trató como un ser humano, no como un loco. Creo que me tomó cariño aunque, por desgracia, nunca fui para ella más que un paciente un tanto especial. Y aquello me permitió ser feliz durante casi dos años. Ahora sé que me engañaba a mí mismo. Que los dos nos engañábamos, ella y yo. Pero ya es demasiado tarde. Ella ha muerto y me temo que yo, con mi locura, soy el responsable último y directo de su desaparición.

Cuando acudí al psiquiatra por primera vez tenía catorce años y mis padres estaban muy asustados. Yo no. El hecho de ver y oír cosas extrañas, de ponerme a hablar con la nada y obedecer consejos dichos por el vacío, para mí era natural. Porque yo no hablaba con el vacío ni escuchaba a la nada. Porque yo no escuchaba voces de mi cabeza ni veía visiones. Para mí todo era real. Veía gente, escuchaba voces. Nada de particular. No era raro que ante mí apareciese un ser delgado y blancuzco procedente de las estrellas que me contaba cómo

era su mundo. No era muy original. Mi amigo marciano, fruto de mi poco fértil imaginación, se correspondía, se corresponde, con los más rancios arquetipos de las películas fantásticas: aspecto humanoide, grandes ojos negros, enorme cabeza, ya saben. Igual podía haber sido verde y como una rana. También tenía un par de amigos humanos. Fantasmas de mi imaginación con los que sustituía, sustituyo, creo yo, la falta de verdaderos amigos.

A los demás les parecía, cuando menos, peculiar. Bastaba un trato un poco más continuado para que se dieran cuenta de que yo estaba chalado. Y lo raro es que mis padres tardasen tanto tiempo en darse cuenta de mi problema. O quizá lo sabían desde mucho antes pero no querían admitirlo o necesitaron un gran esfuerzo para decidirse a llevarme al médico y luchar contra la más que probable enfermedad.

Yo no era consciente de que tenía un problema. Pero los psiquiatras dijeron que era así. Algo iba mal en mi cerebro y yo no hacía más que crear mundos imaginarios en los que me encerraba aislándome del mundo real. Nunca he dejado de saber quién soy ni he sufrido, por lo que me dicen, cambios de personalidad ni desdoblamientos. Pero eso no tiene por qué darme la seguridad de que no soy peligroso. De ahí que ese miedo siempre me haya acompañado. Igual que a mis padres y a muchos de los que me han conocido. Sobre todo cuando se comprobó que, como tantos otros con mi problema, también yo desarrollaba tendencias paranoicas y mi miedo por los extraños se convertía en una suerte de manía persecutoria con visiones desagradables y otras que me prevenían contra las malas intenciones de mis semejantes.

Entonces empezaron los peores años de mi vida. Aunque realmente no me enteré de demasiadas cosas. Me atiborraron de drogas y me pasaba el tiempo medio dormido y medio ido, insensible a los estímulos y apenas consciente de nada. Si son años terribles en el recuerdo, lo son más por la sensación de incapacidad que me acompañaba y por la pérdida de tiempo que supusieron antes que porque yo lo pasase verdaderamente mal. Se trata de años perdidos, más que de años llenos de dolor.

Creo que nunca, ni de muchacho, he sido una persona especialmente problemática. He tenido este problema de salud y he creado bastante inquietud a mi alrededor. Pero siempre fui obediente y relativamente tranquilo. Cuando me diagnosticaron la enfermedad no me rebelé sino que admití que mi realidad eran meras visiones. Admití que estaba enfermo, cosa rara en muchos con mi mal, y, en lugar de atender a las voces que creaba mi fantasía diciéndome que todos estaban contra mí y no debía hacerles caso, admití como cosa natural la necesidad de medicarme para curarme. Yo quería a mis padres y todavía tenía muy claro que ellos no harían nada que fuera perjudicial para mí. Aunque eso significó convertirme en poco más que un mueble y en una carga para ellos. Un semivegetal durmiente e inútil.

Supongo que la medicación para mí no fue muy eficaz. Y eso que la seguía a rajatabla, no como otros que deciden abandonar el tratamiento porque no soportan el embotamiento ni sentirse dominados por quienes los rodean. O porque no admiten su problema. Sé que a algunos afortunados el tratamiento les sirve. No les cura, porque esta enfermedad por desgracia no puede ser curada todavía en nuestros días, aunque sí les permite llevar una vida medio normal. Pero yo no era uno de esos afortunados. A mí los medicamentos me adormecían, me anestesiaban, me entorpecían y embotaban, pero no me quitaban los síntomas. Quizá tenía menos alucinaciones, aunque no lo creo. Más bien me parece que me dejaban tan amodorrado que no era capaz de responder a las voces y las visiones pero, por desgracia, tampoco estaba muy despierto a la realidad ni atendía a mis padres o a cualquier asunto que requiriera de una mente despierta para ser resuelto. Era un vegetal, como digo. El problema estaba dormido y yo no era peligroso. Como contrapartida, yo era un inútil, ausente e insensible.

Hasta que conocí a la doctora Loreto Jiménez. Mi salvadora. Ella me hizo comprender, aceptar y, en cierto modo, superar mi enfermedad, más allá de los límites que todos los demás me habían impuesto. Según Loreto, las drogas eran sólo una ayuda pero, dada la complejidad de la enfermedad, era aún más importante que consumir

aquellas drogas el que yo, conscientemente, intentara luchar contra ella.

No era una psiquiatra al uso. Comprendía que el uso de psicotrópicos no es una solución sino un mero intento de control, casi un resultado de que se asume la derrota y se prefiere dejar al paciente en estado semicatatónico antes que consentir que la enfermedad triunfe por completo. De ahí que a su terapia farmacológica ella añadiera otra que podríamos llamar psicológica. El paciente es un ser humano con sentimientos y alma. También con voluntad y entendimiento, aunque no le funcionen perfectamente. Así que, cuando me conoció y empezó a tratarme, Loreto decidió que yo era un perfecto sujeto de experimentación para su método. Yo era un esquizofrénico que aceptaba su enfermedad y no mostraba respuesta agresiva con su entorno. Era un tipo obediente y para nada peligroso. Así que fui su feliz conejillo de Indias, entre otros muchos. No me curó, ni pretendía hacerlo, pero sí logró que, durante un tiempo, mi enfermedad estuviera bajo control.

La idea era que yo lograse llevar una vida casi normal sin apenas consumir medicación. Para ello no sólo era necesario que reconociese, como así hacía, que padecía visiones, sino que debía ser capaz de discriminar lo que eran visiones de lo que era cierto e ignorar aquellas perturbaciones de la mente en mi comportamiento habitual. Lo cual no era cosa fácil sino, muy al contrario, tremendamente difícil. Aunque yo creí haberlo conseguido. No sospechaba que mi mente pudiera rebelarse de modos insospechados y llevarme a cometer, sin saberlo, actos tan terribles como los que me han llevado al momento actual.

Gracias a la doctora, y con muchísimo esfuerzo, fui capaz de convertir a mis visiones habituales en un molesto ruido de fondo que me acompañaba de vez en cuando. No podía evitar ver a mis extraterrestres cuando ellos querían presentárseme, pero sí podía ignorar su cháchara y sus interrupciones, actuar como si no hubiera nadie allí. Pueden imaginarse la confusión que me acompañaba al principio, incapaz de mantener conversaciones normales ante las constantes interrupciones de mis visiones, cada vez más irritantes en su afán de que les prestase atención. El subconsciente es capaz de

ponerse muy pesado cuando quiere mandarnos mensajes y no lo escuchamos. Pero con tiempo, paciencia, fuerza de voluntad y la afectuosa ayuda de mi médica y mi familia, lo logré. Llegó un momento en que mis visiones eran parte del paisaje. Uno puede trabajar con música o entre las voces de los extraños, uno puede actuar con naturalidad ante las estatuas de un museo. Pues en eso fue en lo que convertí a mis visiones: ruido de fondo y decoración. Aunque no se crean que es algo tan fácil. Algunas de mis visiones eran permanentes, como viejos amigos que reaparecían una y otra vez. Pero otras eran nuevas, creaciones circunstanciales de mi mente que me hacían dudar. Aunque para evitar su efecto había una solución. Admitida la propia locura ante uno mismo, no es demasiado vergonzante que la conozcan los demás. Es peor que los demás te crean un lunático mientras tú piensas estar perfectamente cuerdo. Cuando dudaba si alguien era un sujeto real o una visión bastaba con preguntar a otra persona. Era más fácil si estaba acompañado por alguien de confianza. Entonces no era necesario ningún disimulo, una pregunta directa y enseguida sabía si mi acompañante veía o no lo que yo le señalaba. Si quien me acompañaba no estaba al tanto del asunto o era un perfecto desconocido, la situación era un poco menos incómoda, al menos en ciertas ocasiones. Un recurso era el de moverme en torno a la supuesta aparición para comprobar si mi acompañante tenía que evitar el obstáculo para seguirme –en cuyo caso lo que yo veía era real- o ignoraba del todo su presencia –como la visión que era- y se limitaba a observar mis evoluciones un poco sorprendido, pensándome un extravagante. En otras ocasiones no me quedaba más remedio que preguntar a quien fuera, directamente, si veía o no un personaje con tales o cuales características. La gente solía poner cara de extrañeza, pero casi todos contestaban y yo me limitaba a darles amablemente las gracias y seguir mi camino. Supongo que muchos pensarían que habían topado con un loco, es decir, conmigo, pero, créanme, no es grave que un extraño te considere un chalado.

Por suerte, en mis visiones nunca han aparecido personas que me sean de verdad conocidas ni he perdido el sentido hasta el punto de obedecer a las voces que me hablaban, fuera dentro de mi cabeza o, supuestamente, por el hilo muerto del teléfono. Así nunca he tenido

dudas más allá de algunos personajes no demasiado diferentes de lo que se considera normal. Mis extraterrestres siempre me han acompañado, pero ésos ya hace mucho que dejaron de preocuparme, puesto que no les hago el menor caso.

Dicho así parece sencillo. Pero si hubieran visto mis terribles esfuerzos iniciales, mis vacilaciones, mis momentos de ofuscación en que me empeñaba en la realidad de mi mundo de fantasía y la paciencia y constancia con que siempre se condujo conmigo la doctora Jiménez, habrían comprendido la dificultad de la tarea emprendida y habrían admirado casi tanto como yo a Loreto. Como lo importante son siempre los finales y al final logré controlar mis visiones, con el tiempo resultaba fácil sentirse satisfecho y olvidar todo lo pasado. Pero yo sé que estuve a punto de no conseguirlo. Igual que mis padres, que nunca creyeron demasiado en el método, yo mismo estuve en un tris de abandonar. Y ahora vuelvo a pensar que quizá habría sido lo mejor, porque nunca superé mi locura, que estuvo agazapada al borde de mi conciencia para saltar sobre mi salvadora con las funestas consecuencias que se verán.

Yo creía que todo iba bien y actué en consecuencia, con el beneplácito de mis padres y el impulso de la doctora. Conforme iba controlando mis visiones y podía reducir el consumo de medicación –nunca la he abandonado del todo, y me asusta pensar hasta dónde habría llegado si hubiera dejado de tomar todas las pastillas-, me sentía mucho mejor, más capaz, más autónomo, más confiado. Me sentía capaz de trabajar, de pasear solo, de salir con amigos, si los hubiera tenido.

Loreto, tan satisfecha como yo mismo, era la primera en animarme:

-Debes trazarte metas. Debes buscar tu propio camino, hacerte más independiente, llevar tu propia vida.

A mí aquella posibilidad me asustaba tanto como me atraía. Desde hacía años siempre me había sentido un inválido. Alguien dependiente de los demás y que, sin quererlo, esclavizaba a sus padres con la necesidad de continuos cuidados y, pese a ello, observaba que siempre estaban intranquilos, sin poder confiar en que todo fuera bien. Pero ahora la situación estaba cambiando. Con menos

medicación y las visiones controladas, yo sentía deseos de hacer más y más cosas. Y, en los momentos de mayor ánimo, hasta me sentía capaz de comerme el mundo y enfrentarme a cualquier problema.

Me costó decidirme, pero la voluntad e insistencia de Loreto vencieron cualquier reticencia mía. Empecé a trabajar como dependiente en una tienda de ropa. No se trataba de un trabajo ideal ni el sueldo era una maravilla, pero me permitía ser activo y tener responsabilidades. El dueño, amigo de mis padres, conocía de mi problema y me dio la oportunidad. Creo que no se arrepintió porque, aunque en alguna escasa ocasión estuve a punto de crear una situación incómoda tomando una visión por cliente, logré desenvolverme bien y trabajé, creo, con interés y aprovechamiento. Allí tuve la ocasión de hacer mis primeros amigos. Supongo que en realidad son conocidos amigables, pero para mí los compañeros del trabajo son las primeras personas con las que he podido relacionarme de un modo casi normal, tanto como para salir de copas con ellos o ir al cine con una compañera que, por desgracia, nunca pudo ocupar en mi corazón el lugar destinado a mi salvadora, la doctora Loreto Jiménez.

El siguiente paso era lanzarme a una vida autónoma. Para ello debía independizarme de mis padres. Algo que a ellos les asustaba tanto como a mí, pero que era necesario para que también ellos recuperaran algo de la libertad perdida desde que mi enfermedad fue diagnosticada. Me parecía que aquello significaba saldar una deuda con ellos. Obviamente no significaba olvidarme de ellos y, de hecho, sus visitas y llamadas siempre han sido muy frecuentes, aunque cada vez menos nerviosas e insistentes, prueba de que ellos también confiaban en mí, pero al menos ya no tenían que vestirme, darme de comer y estar todo el día pendientes de mí y mis locuras. Creo que es un gran éxito, ¿no?

Como mis padres no son ricos, aunque su posición sí sea cómoda, y mi pequeño trabajo no era suficiente como para vivir en una gran mansión, juntando mi sueldo y una ayuda de mis padres pude alquilar un pequeño apartamento cerca del centro de la ciudad, al lado de la tienda. Dicho así habrá quien piense que me alojaba en un estudio con buhardilla muy moderno y elegante, pero ésa no era la situación. Mi pisito era un altillo de un edificio muy viejo situado en la

peor zona del barrio. Era extraño que no estuviera amenazado de demolición, pero yo consideré una suerte el encontrarlo. Bien que la instalación eléctrica era muy antigua y los plomos se saltaban cada dos por tres, que en las paredes había humedades y desconchones, que los muebles eran viejos, que las cañerías eran aún de plomo. Pero aquel lugar no era caro y se podía convertir en mi hogar. ¿Qué más podía pedir al cabo de tantos años de incapacidad casi absoluta?

Fue Loreto quien me ayudó a encontrar el apartamento. Ella me acompañó en las visitas a los pisos que me ofreció la inmobiliaria. Y no negaré que me sentí feliz y orgulloso de llevarla a mi lado, como si fuera mi novia o mi pareja, mientras el casero de turno nos contaba las excelencias de la porquería –casi siempre eran porquerías- de piso que nos estaba mostrando. Si me preguntaran por él, creo que el momento más feliz de mi vida fue cuando la mujer que me alquiló el altillo nos preguntó, mientras Loreto me tenía sujeto por el brazo con el suyo, si nos quedábamos el piso, así en plural, tomándonos por una pareja joven buscando alojamiento.

Fue una suerte encontrar mi altillo: una sola habitación, un minúsculo baño con plato de ducha y sin bidé, cocina americana que se comía casi todo el salón y un vestíbulo tan diminuto que no era fácil diferenciar la entrada del salón propiamente dicho. Pero, ¿para qué quería nada más? Me lo quedé y me trasladé casi de inmediato. Mi madre, la pobre, ayudó en la mudanza. Nada exagerado: cuatro muebles, un par de electrodomésticos y mis cosas de siempre: libros, ropa, algunos recuerdos. Y estaba a apenas quince minutos de casa, de la de toda la vida, pero eso no impidió que mi madre se pusiera a llorar como una Magdalena y me cubriera de besos mientras se despedía de mí como si fuera un soldado camino del frente en lugar de su hijo iniciando una nueva vida por mi cuenta pero a su lado.

Al principio todo fue bien. Al menos durante un mes o cosa así. Luego la situación empeoró, aunque yo no fui consciente de ello hasta mucho después, y hubieron de pasar ocho meses en total para que mi demencia se hiciera presente y mi aventura terminara, hace apenas dos días, como el rosario de la aurora.

Ahora recuerdo las palabras de mi padre cuando, un par de semanas después de instalarme, me contaba que en aquel mismo lugar

donde vivía había existido décadas atrás otro edificio que fue quemado y demolido. En él, por lo visto, se cometieron unos terribles crímenes justo antes del incendio. Más tarde se derribó la casa y luego se elevó el edificio, ya viejo él mismo, en el que yo me encontraba ahora. Estaba claro que mi nuevo barrio no era lo mejor de la ciudad, que había delincuencia, droga y prostitución, pero no creo que aquello viniera de antiguo como daba mi padre a entender. Igual que, pese a la fama actual, yo no tuve ningún problema con mis vecinos ni con la supuesta mala gente que pululaba por allí. Más tarde escuché también alguna historia de fantasmas al respecto, indicando que años atrás se pensó que la casa estaba encantada y por eso permaneció medio abandonada durante mucho tiempo y para cuando se olvidaron los cuentos los pisos estaban ya tan viejos que sus precios habían caído. Una suerte para poder alquilar mi pisito.

Cuando le conté a Loreto por primera vez la historia de los fantasmas, los dos nos reímos con ganas. No podía yo imaginar que más tarde los dichosos fantasmas serían motivo de llanto cuando mi cerebro alterado diera en fantasear a costa de las supuestas apariciones.

Al cabo de un mes de vida más o menos cómoda y feliz, empezaron a ocurrir cosas extrañas en mi casa. O eso pensaba yo al principio, cuando todavía no les daba mayor importancia, porque ahora sospecho que el asunto era muy grave desde el principio y suponía la victoria de mi locura sobre mis intentos de superación. Estoy convencido de que en mi casa no ocurría nada, sino tan sólo en mi cerebro y, para cuando me he dado cuenta de la gravedad del problema y sus consecuencias, me temo que ya es demasiado tarde. Para mí y, sobre todo, para la pobre y querida Loreto.

En realidad ya antes, desde mi traslado al piso, había tenido despistes y pequeñas ausencias que deberían haberme precavido para lo que me esperaba. Pero todos tenemos olvidos y yo con más razón, con mi problema y la medicación, así que no le di mayor importancia. Ni se lo comenté a Loreto. Ocurría que, de vez en cuando, encontraba objetos por el suelo, cajones abiertos, la ropa de la cama arrugada cuando yo pensaba que la había dejado hecha. En fin, pequeñas cosas que en otras circunstancias podrían haberse considerado normales y

que en las mías, por lo que luego se vio, deberían haber sido tomadas como síntomas preocupantes.

Pero fue al cabo de un mes cuando la situación cambió. A mis habituales, aunque cada vez menos frecuentes, visiones de extraterrestres, que se me presentaban de vez en cuando y a los que ya no hablaba ni prestaba la menor atención, hasta el punto de haber casi olvidado sus nombres, comenzaron a añadirse nuevas visiones. Al principio no les hice el menor caso pero, poco a poco, fueron volviéndose recurrentes y, algo preocupado por ellas, se lo comenté a Loreto, tanto más cuando estas visiones eran cada vez más insistentes y molestas, haciéndose difícil ignorarlas en tanto que me interrumpían y se mostraban violentas como ninguna otra alucinación que me hubiera acompañado con anterioridad.

Loreto, como era habitual en ella, fue capaz de tranquilizarme al respecto de mis nuevas visiones. Mi nueva vida, con mi recién adquirida independencia, suponía una situación de estrés para mí y aquello motivaba las nuevas visiones y su violencia pero, conforme me fuera habituando a la soledad y sus responsabilidades, y en la medida en que fuera capaz de controlar la enfermedad, las visiones se harían menos frecuentes y molestas. Aquello sonaba muy razonable y tuve que admitir que la bella psiquiatra estaba, como siempre, en lo cierto. El problema es que ambos, tanto ella como yo, confiábamos demasiado en mis posibilidades.

Eran estas visiones un tanto peculiares y creo que en su aparición tuvieron cierta culpa las historias que me contaron acerca de crímenes y fantasmas, junto con la propia naturaleza de mi enfermedad que, obviamente, también tendría su parte de culpa. Mis alucinaciones incluían sombras, voces, el movimiento de objetos y la presencia de tres seres extraños y espeluznantes. La más recurrente era la imagen de una mujer canosa, aunque parecía joven, que vestía un luto riguroso, con omnipresente vestido negro, con falda de vuelo, y un enorme collar oscuro al cuello que tardé un tiempo en identificar como un rosario. Había otras dos figuras, que solían aparecer juntas y que, en conjunto, resultaban menos terribles. Eran dos ancianos, dos hombres idénticos, gemelos. Uno de ellos siempre aparecía en la habitación, tendido sobre la cama, vistiendo un pijama largo, blanco y

descolorido y mostrando en su rostro los estragos de la enfermedad, quizá una tisis avanzada. El otro siempre caminaba nervioso, vestido con un traje gris oscuro a rayas, muy pasado de moda, y con un grueso brazalete negro, de luto, sujeto en la manga derecha. Llevaba el pelo, blanco y escaso, peinado hacia atrás y aplastado contra el cráneo pálido y lleno de manchas. Sé que eran dos visiones porque, en ocasiones, los vi juntos. La primera observaba todo con mirada ausente desde unos ojos oscuros y amedrentadores, el segundo estaba siempre pendiente de su enfermedad, con sus toses y esputos, el tercero preocupado, siempre caminando nervioso por todo el piso. Digo todo esto para que se comprenda el realismo de estas visiones, la autonomía que, en su comportamiento, tienen siempre respecto de mí. Estas tres alucinaciones eran, no obstante, diferentes a las demás. Nada tenían que ver con mis inocuos marcianos. Eran personajes menos consistentes, menos nítidos, con bordes difusos y colores apagados. Y no se dirigían a mí como siempre hacían las demás. Era como si me ignorasen, como si no fueran conscientes de mi presencia. Confieso que, en alguna ocasión, me asustaron, cuando alguno de ellos se cruzaba ante mí, sin verme, mientras yo estaba sentado en el salón frente al televisor, observando las imágenes de la tele a través de su cuerpo etéreo, o cuando estaba en el baño y la mujer, candelabro en mano, cruzaba de lado a lado y atravesaba la pared. O, peor aún, cuando me despertaba en mitad de la noche escuchando gemidos y observaba, espantado, la presencia del anciano enfermo en mi propio lecho, a mi lado, dándome la espalda y mostrándome su ralo cráneo sudoroso.

En ocasiones escuchaba discusiones que sólo existían en mi cerebro, oía el ruido de vajilla rota o de cubiertos entrechocando. Con la preocupante consecuencia de que siempre había algún plato roto en la cocina o tenedores y cuchillos tirados por el suelo. Lo que me hacía comprender que era yo el responsable de todo aquello y que, inconscientemente, sonámbulo o sufriendo uno de esos desdoblamientos de personalidad que nunca había padecido y siempre me habían asustado tanto, me levantaba y organizaba aquel estrépito y terminaba tirando cacharros o estampando un plato contra la pared.

Eran tan reales y temibles mis nuevas visiones que no podía ignorarlas del todo. Comprendía que, poco a poco, estaban socavando mis defensas y empezaban a tomar posesión de mi voluntad. Bastaba con que una de ellas se cruzase conmigo para que notase, a su paso, una gelidez extraña que me provocaba el escalofrío, la rara sensación de que un cuchillo metálico y helado rasgaba mi cuerpo o unos dedos viscosos y gélidos me rozaban, o como si alguien exhalara sobre mí un aliento repugnante.

Por suerte contaba con el consuelo de Loreto. Pasé dos meses terribles en que apenas dormía y tuve que tomar más pastillas de las que hubiera deseado. Pero necesitaba dormir, descansar y borrar de mi mente aquellas visiones espantosas. Mi trabajo se resintió, aunque mi jefe, don Anselmo, fue bastante tolerante, comprendiendo, creo yo, el esfuerzo al que me estaba sometiendo en la adaptación a una nueva vida. Si soporté todo aquello fue gracias a Loreto y a mis padres. Deseaba haber podido abrazar a la doctora con la misma pasión con que mi madre me acunaba en sus brazos durante los momentos de crisis más intensa.

Los tres meses siguientes la situación mejoró notablemente. Tanto que yo pensé que, finalmente, iba a vencer a esos fantasmas terribles que mi mente había creado. Intuía que, poco a poco, me estaba acostumbrando a mi nueva vida, a la soledad, al trabajo, a la responsabilidad, y eso me hacía sentir lo bastante orgulloso como para seguir adelante, pensándome invencible. Todo cambió cuando una mañana, mientras desayunaba, se me apareció la mujer de negro. Con su aspecto terrible y sus ojos profundos y ausentes se dio cuenta, por primera vez, de mi presencia. Me dedicó una mirada inquietante, un suspiro y un amago de sonrisa. Luego, candelabro en mano, desapareció por la habitación.

La siguiente vez que la vi, yo acababa de regresar del trabajo. Era tarde y me sentía cansado. Al encender la luz del salón me la encontré frente a mí y estuve a punto de dar un respingo. Me miraba directamente a los ojos, con gesto triste y abatido, y me sentí avergonzado de no ser capaz de ignorar aquella expresión de terrible desamparo en los ojos de mi alucinación. Esta vez la visión me habló por primera vez:

-¿Cómo encontrar consuelo? No podré soportar esto por toda la eternidad.

Yo no tenía intención de contestar, pero la mujer tampoco me dio ocasión. Desapareció, borrándose poco a poco en un fulgor blanquecino. Yo me quedé allí de pie durante unos minutos, sin saber qué hacer o qué decir. Pero no fue la última ocasión en que vi a la mujer y ella se dirigió a mí.

En sucesivos encuentros, cada vez menos inquietantes por su desarrollo pero más en cuanto que yo era incapaz de sustraerme a las palabras de aquel ser de fantasía, me fue contando su supuesta vida. Así me enteré de lo que mi cerebro había inventado sin que yo lo supiera: la madre de la mujer había muerto hacía poco. Su tío estaba enfermo y ella debía cuidarlo día tras día mientras su padre, enloquecido tras la pérdida de la esposa e intuyendo la del hermano, actuaba cada día de un modo más extraño, deambulando constantemente y diciendo frases incongruentes que la asustaban. A veces parecía que la mujer era otra persona y hablaba en pasado, diciendo que la madre murió pero que la muerte del resto de la familia fue peor. Sus palabras sugerían que era una especie de fantasma, uno de esos "poltergeist" de los que mencionaban las películas. Me hablaba de discusiones pasadas, de su tío moribundo y su padre estrangulándolo por evitarle sufrimientos. Hablaba de su propia locura cuando prendió fuego a las cortinas y se inmoló entre los cadáveres del tío estrangulado y el padre que se había matado con un cuchillo de la cocina. Y aquella voz extraña e irritada con todo y con todos me asustaba. Me hablaba de día y de noche. En sueños, mientras comía. Pero siempre cuando me encontraba en casa, donde me sentía incapaz de ignorarla. Me hacía sentir miedo de mí mismo y de lo que pudiera hacer. Pero era un miedo tolerable, porque la mujer, con su voz quejumbrosa y sus palabras terribles, no me hacía daño. También seguía escuchando discusiones, gritos de los abuelos, llantos de la mujer. Pero todo ello era soportable y yo creía que, poco a poco, sería capaz de superarlo. De hecho no tuve que recurrir a mis padres ni a Loreto en busca de consuelo. Los primeros nunca supieron la entidad exacta de mis visiones. No quería preocuparlos innecesariamente. Ya estaban preocupados sin que yo diera muestras

de descontrol. Sí le contaba todo a Loreto. Necesitaba su consuelo y su capacidad para controlarme.

Esos tres meses fueron sólo relativamente malos, pero más tarde todo empeoró hasta niveles peores que los del principio. Llegué a tener miedo de volver a casa y quedarme solo. Se me ocurrió que sería mejor mudarme, para cambiar de aire y, quizá, de visiones. Pero Loreto me convenció para que no lo hiciera. Debía enfrentarme a los monstruos creados por mi enfermedad. Huir sólo serviría para llevármelos conmigo y hacerlos más poderosos. Creo que tenía razón, como siempre, pero yo no fui lo bastante fuerte.

La mujer, los hombres, sus gritos y voces no sólo se hicieron más presentes sino también más violentos. La mujer, de vez en cuando, me hablaba como si yo fuera su padre, su madre o la conjunción de los dos. Unas veces me pedía ayuda, otras me recriminaba mis actos o mi indolencia. Otras, y esto era lo peor, me amenazaba. Y a estas amenazas se sumó también el padre enloquecido. Las visiones, todas ellas, se hicieron más frecuentes y terribles. Pero sólo me asaltaban en casa, durante mi soledad. Prohibí a mis padres que me visitaran, temiendo mostrarles una escena de locura y escudándome en la necesidad de ganar mi independencia junto con una cierta intimidad. A Loreto no se lo prohibí, pero cuando fue ella quien quiso venir conmigo, las consecuencias fueron terribles. Ojalá nunca hubiera venido. Ojalá nunca la hubiera conocido. Habría sido mucho mejor para ella.

Yo cada vez estaba más atemorizado. En principio me asustaban las visiones pero eso significaba, en realidad, que cada vez estaba más asustado de mí mismo y de la locura que volvía a tomar posesión de mi cerebro. Me vi obligado a subir la dosis de mi medicación. Aquello me inutilizaba para el trabajo y, si seguía así, me volvería a convertir en vegetal y tendría que regresar a casa con mis padres, devolviéndoles a su esclavitud. No estaba dispuesto a ello. No estaba dispuesto a rendirme sin luchar. Empecé a faltar al trabajo y a fallar en él. Don Anselmo me lo recriminó y decidió prescindir de mí durante una temporada. Hasta que consiguiera estabilizarme nuevamente, según dijo. Y creo que era sincero y quería que volviera a trabajar con él. Le apenaba verme en tal estado. Lo que no sabía es

que la falta de trabajo y mi negativa –estúpida, ahora lo comprendo- de volver a casa y aceptar mis limitaciones y mi fracaso al intentar superarlas, iban a ser peores que cualquier otra fase de mi locura. Porque ahora sí que pasaba mucho tiempo en casa y me asaltaban las terribles visiones y se repetían los olvidos, la aparición de objetos por el suelo que yo no recordaba haber movido. Yo cada vez estaba más embotado por los medicamentos a la par que mis lagunas mentales se hacían más y más grandes. Yo empezaba a sentirme indefenso ante las apariciones que creaba mi cerebro demente.

En ocasiones todavía era capaz de salir a la calle, para comprar o para pasear, como un alma en pena. Buscaba consuelo y realmente lo encontraba. Porque en la calle nunca me tropezaba con aquellos tres espectros que me asustaban en casa. Volvían a presentárseme mis marcianitos con los que, debo admitirlo, en este tiempo volvía a hablar, olvidada la necesidad de ignorarlos. Ellos me trataban mucho mejor que los monstruos del hogar. Con ellos podía charlar y bromear. Ellos me entendían y parecían sentir pena de mí. Aunque comprendo que todo era mi propia conmiseración, uno no puede evitar que, en los momentos de desánimo, cualquier consuelo, aunque nos lo proporcione la propia locura que nos hace daño, sea aceptado con gusto.

Así fueron las cosas durante tres meses más. No sé cómo los soporté. No sé cómo me empeñé en seguir adelante sin renunciar a mis sueños de autonomía e independencia. Como no comprendo por qué, después de dos años con mi enfermedad controlada, estos meses de vida en solitario, de la que creía estar satisfecho, pudieron desencadenar tal grado de locura.

Hace apenas una semana, durante mi penúltima conversación con Loreto, ella se ofreció a venir a visitarme a casa en lugar de verme en la consulta. En los últimos tiempos, la frecuencia de mis visitas se había incrementado notablemente, y no por mi deseo de verla sino por el empeoramiento de mi mal. A veces me pregunto si no fue mi obsesión por ella la que provocó toda esta locura. Quizá de forma inconsciente deseaba seguir a su lado y como mi salud reducía las visitas, aunque seguíamos siendo amigos, pero cada vez más distanciados, mi cerebro alterado había recurrido a esas espantosas

visiones para reclamar su atención. No lo sé, pero me parece todo terrible, tan difícil de entender y asumir.

Ella decidió venir a mi casa. Al abrir la puerta me encontró muy mal. Lo vi en la expresión de su rostro. Tuvo que admitir el fracaso de sus métodos, al menos en mi caso, cuando le conté todo lo que me pasaba día tras día. Era lo que le venía contando durante los últimos tiempos. Pero cada vez empeoraba la situación. Desde que me acompañó a alquilar el piso no había vuelto por allí y le sorprendieron el desorden y la suciedad que reinaban por doquier. Yo era una ruina y mi habitáculo debía ser lo mismo. Me pidió que volviera a casa con mis padres y que incrementara aún más la medicación. Sopesó incluso la posibilidad de que tuviera que ser ingresado temporalmente. Yo no acepté regresar con mis padres ni quise hablar, por el momento, de encierros. Todavía me sentía capaz de luchar contra mi locura. ¿No es ése un claro signo de la gravedad de mi demencia? Asumí que, de momento, sí tendría que atiborrarme a pastillas, aunque le dije que no eliminaban las visiones, no las últimas, y me dejaban hecho un guiñapo. Ella se comprometió a visitarme al día siguiente, aunque creo que sólo quería hacer tiempo para convencerme de que mi grado de postramiento hacía necesarios el ingreso y el posterior traslado con mis padres. Nuevamente tenía razón y yo no quise admitir mi fracaso.

La invité a tomar una infusión conmigo. No puedo tomar café ni suelo tomar té, pero sí le ofrecí uno a ella. No quería que se marchara. Me daba miedo volver a quedar solo y desamparado. Creo que se dio cuenta, además de que dudo que se hubiera marchado hasta no verme lo bastante calmado como para poderse ir ella tranquila hasta la próxima visita. Además, en la media hora que llevaba en mi casa, las alucinaciones no se habían hecho presentes y eso me daba cierta confianza.

Equivocadamente. Justo cuando me levantaba del salón, dispuesto a poner la tetera, vi la silueta de la mujer de negro que atravesaba el pasillo de camino a la habitación. Loreto vio mi gesto de espanto y preguntó. Yo afirmé. Sí, allí estaba una de mis visiones. Ella, en un gesto reflejo, se dio la vuelta. Obviamente no vio nada. La mujer ya había atravesado la sala pero, aunque yo no hubiera dejado

de ver su terrible aspecto, tampoco por ello Loreto habría sido capaz de notar su presencia.

Intranquilo, me fui hacia la zona de la cocina, me puse a sacar una taza y una cucharilla del cajón bajo la encimera y entonces vi cómo un par de tenedores saltaban y chocaban contra el suelo con estrépito. Yo no era consciente de haberlos movido, pero dediqué a Loreto una mirada suplicante. Ella no había visto más que la caída de los cubiertos. No podía saber si había sido un accidente o yo los había arrojado voluntariamente, aunque no de forma consciente.

Cuando le serví el té mis manos temblaban y derramé parte del contenido en el platillo y sobre el suelo.

-Tranquilízate, Roberto –me dijo con suma dulzura, apretando mi antebrazo con su mano-. Verás como superas todo esto.

Yo intenté asentir, nervioso. Ella se tomó tranquilamente el té, sin dejar de hablarme hasta casi hacerme olvidar todos los problemas. Luego, antes de irse, entró al baño. En ese momento, aunque no vi ninguna de las monstruosas presencias que mi cerebro había creado, sí que escuché claramente la voz del anciano padre que, irritado, clamaba contra aquella invasora en su casa:

-¿Quién es esa mujer? ¿Quién la ha dejado entrar en mi casa? Desde que murió tu madre, que en gloria esté, nadie ha entrado aquí ni entrará mientras yo pueda impedirlo.

Me pareció que la mesa se movía y se arrastraba unos centímetros, mientras las cortinas se movían. Loreto salió del servicio arreglándose la ropa. Parecía extrañada.

-¿Decías algo? –me preguntó- Me pareció que hablabas con alguien.

Bien sabía que había oído gritos. Y que eran los míos, los de un loco que había declamado en voz alta. Pero yo no era consciente de haber hablado. Pensaba que eran voces ajenas y suponía que se trataba de meras alucinaciones auditivas que nadie más había escuchado.

-No, creo que no –dije. Y decía la verdad, desde mi punto de vista.

Alzo los ojos y torció la boca en un gesto de extrañeza pero no dijo nada. Quizá dudaba sobre qué debía hacer pero, finalmente,

decidió que se marchaba y volvería al día siguiente. Sospechaba, creo que con razón, que en una sola noche mi locura no iba a empeorar demasiado y ese intervalo de tiempo le permitiría a ella meditar acerca de qué hacer conmigo, su gran fracaso.

-Estoy muy mal, ¿verdad, Loreto? –le dije al despedirme de ella en la puerta.

No iba a contestar. Pero, tras una pausa, bajó los ojos, los volvió a alzar hacia mí y, apretando los labios, asintió claramente con la cabeza.

-Pero ten por seguro que no te vamos a abandonar. Saldrás de ésta y te parecerá sólo un mal sueño.

Hizo ademán de marcharse pero se volvió y, exhibiendo una sonrisa que debió de costarle un cierto esfuerzo dibujar, añadió:

-Las cosas están mal. Pero nadie ha dicho que los tratamientos sean infalibles, perfectos y eternos. Esto es una crisis. Grave pero no definitiva. La próxima vez nos lo tomaremos con más tranquilidad. ¿Vale? Y ahora descansa.

Y me dio un beso en la mejilla que me dejó más feliz que si fuera un colegial. Cerré la puerta, olvidado por un instante de mis visiones y me senté en el sofá. Entonces retornaron las voces y gritos, los golpes, el agitarse de herramientas, cubiertos y vajilla, las apariciones de mis tres temidas alucinaciones.

Al día siguiente, poco después de desayunar, regresó Loreto. Tenía aspecto de haber pasado una mala noche. Como si no hubiera dormido demasiado. Yo tampoco andaba muy despierto, puesto que apenas había descansado, con mi sueño interrumpido constantemente por mis fantasmas, no sé si entre pesadillas o despierto. Y de nada sirvieron las dos píldoras que me tomé antes de irme a la cama.

Loreto parecía soñolienta pero feliz, como si hubiera tomado una determinación que la hubiera dejado satisfecha.

-No te llevaré al hospital –me dijo-. De momento iremos a dar una vuelta por ahí, mientras me cuentas con detalle tus visiones, y luego vendremos aquí a comer. Va a ser tu último día aquí solo.

Mi imaginación, tan poderosa, ya había decidido que el milagro iba a consistir en la presencia continua de Loreto a mi lado, en

mi casa o quizá en la suya, como si fuéramos esa pareja que yo había soñado. Pero me equivoqué:

-Luego harás tu equipaje y volverás con tus padres. Si quieres, les diremos que es una nueva fase del tratamiento y así no les tendrás que preocupar por tu actual estado.

¡Cómo si ellos no fueran a darse cuenta de lo mal que me encontraba!

Yo, obediente, la seguí a la calle y caminé de su brazo durante las horas más felices y tranquilas que podía recordar de los últimos tiempos. Sólo lamentaba el efecto ligeramente embotador de la medicación que consumí la noche anterior. Esa mañana no tomé nada y quizá también esto ayudó a que sucediera lo que luego ocurrió.

De vuelta a casa no hicimos comida. Habíamos comprado una pizza y unos refrescos y nos pusimos a comer sentados a la mesa del salón. Fue entonces cuando mi locura alcanzó su punto culminante, puesto que a mis habituales visiones añadí la de una Loreto irreal que se comportaba de un modo inaudito. A veces, desde entonces, llego a pensar que no era ella la que estaba conmigo, sino otra creación de mi fantasía. Si no fuera porque su cadáver era real, eso sería fácil. Lo que no sé es en qué momento mi locura se volvió contra ella. ¿Fue real el paseo? ¿Lo fue nuestra conversación? Realmente no lo sé. Aunque me gusta pensar que sí lo fueron, lo dudo porque, siendo así, ¿cómo es posible que mi subconsciente fuera capaz horas después de ejecutar tan monstruosas acciones?

Contaré, no obstante, los sucesos tal y como se pintaron en mi imaginación, aunque sé que son irreales. Espero que la policía sea capaz de reconstruir los hechos que mi cerebro perturbado torció tan a su gusto como para haber alterado mi memoria de ellos. Por desgracia, esa misma memoria no me ha permitido olvidar su muerte.

Estábamos comiendo cuando Loreto me dijo, con gesto de sorpresa:

-¿No has oído eso?

Y claro que lo había oído. Pero creía que dentro de mi cabeza. La voz del abuelo llamando puta zorra a Loreto.

-Pero tú no has hablado –añadió Loreto-, estás aquí frente a mí, comiendo, y no has movido los labios.

La voz entonces soltó una risotada. Y otra voz, ésta femenina, la de la mujer de negro, se sumó a ella, discutiendo, tratando de calmar al abuelo.

-Padre, no le hagas nada. ¡Padre, tú ya no…!

-¿Que no estoy en mis cabales? ¡Quién si no! No basta con que mi hermano esté así sino que debo soportar a esta furcia en mi casa, con tu amiguito.

La cara de Loreto mostraba verdadero miedo. Su mente científica intentaba buscar explicaciones, pero estaba claro que no comprendía y yo sólo podía observarla esperando una reacción que me devolviera un punto de serenidad y cordura. Si me fallaba mi salvadora, ¿cómo podría luchar yo contra la locura?

Entonces vi la imagen de la mujer de negro. Y vi a Loreto que, con ojos desencajados, señalaba a mi visión con el dedo.

-No… No es posible. ¿Quién es? ¿Qué es?

Ella también la veía. Ella también escuchó su voz quebrada cuando nos hablaba:

-Marchaos ahora que podéis. Marchaos. Padre está loco. Dice que va a terminar con el dolor del tío y de todos. Dice que va a acabar también con vosotros, que os burláis de su sufrimiento.

Yo sentí un escalofrío cuando escuché el grito de Loreto. Era presa del pánico, como si todo su mundo se hubiera venido abajo de una vez y su mente luchara por reconstruir su razón.

-Los fantasmas no existen –decía con incredulidad, acompañando su voz con gestos de negación en los que no lograba encontrar confianza-. Pero éstos son fantasmas, son espectros. No, no puede ser.

Y yo la miraba incrédulo, sin comprender. Intuyendo que nuevamente era mi cerebro el que me jugaba una mala pasada.

La mujer de negro me tocó con su mano lívida y helada y su contacto me provocó un escalofrío extraño que me recorrió todo el cuerpo.

-Huid, marchaos –me repitió con su voz quebrada y lágrimas en los ojos-. No hay nada que podáis hacer. Salvaos –añadió con desesperación.

Luego desapareció deslizándose sobre el suelo hasta atravesar la pared que separaba el salón del dormitorio.

Mientras, Loreto gritaba y lloraba. Se había aferrado a mi brazo, aunque ahora la situación era tal que su contacto no me proporcionaba ningún placer. Parecía histérica, fuera de sí, alucinada. Parecía que era ella la demente y no yo. Me apretaba el brazo con tal intensidad que me causaba dolor. Pero yo no era capaz de actuar. Si tenía que decidir entre la realidad de lo que observaban mis ojos y la posibilidad de que todo fueran alucinaciones, tenía clara la certeza de esta última posibilidad. Y aquello me dejaba paralizado, sin capacidad de reacción, pero no por el miedo, sino por el propio abatimiento de comprobar mi completo fracaso y la terrible duda de que todo fuera irreal, sobre todo la presencia de mi querida Loreto, sujeta a mi brazo y completamente enloquecida.

La voz de la mujer de negro me obligó a actuar, o más bien a dejarme llevar por los acontecimientos inventados por mi imaginación. La mujer gritaba y lloraba. Pedía clemencia para el tío y para ella misma. Pedía al padre que se calmase, que recuperara la cordura. Pero de nada servía. Se escuchaban los gritos de la mujer, los del padre, un gorgoteo ahogado que supuse el del tío. Y no pude resistir la tentación de asomarme a la habitación. Allí se desarrollaba una escena monstruosa: el padre aferraba por el gaznate a su hermano gemelo, postrado en mi lecho y que lo miraba con terror, sin fuerzas para resistirse ni posibilidad de gritar mientras el otro le quebraba el cuello. La hija tiraba del brazo del padre, con todas sus fuerzas, incapaz de vencer la férrea voluntad del asesino. Terminada su tarea arrojó a la hija al suelo, a su lado.

-Luego vendré por ti –dijo y se encaminó hacia donde estaba yo.

No me esquivó, me dio un empujón que me devolvió al salón. Apenas pude conservar el equilibrio y vi que Loreto estaba de pie, tras la encimera, muerta de miedo, paralizada por el terror, con lágrimas silenciosas resbalando por sus mejillas. Incapaz, como el hermano, de luchar o resistirse. Incapaz de comprender lo sucedido pero también de huir a través de la puerta que tenía tan cerca.

Vi cómo el abuelo se acercaba a Loreto. Pero no llegó hasta ella. Conforme se deslizaba sobre el suelo, a más velocidad que indicaba el lento movimiento de sus piernas, los muebles crujían, los adornos y libros se caían de la estantería, la vajilla se agitaba y los cajones se abrían y cerraban con estrépito, provocando los gritos de Loreto.

-¡Sal de ahí! –le dije, asustado por la situación y aunque estaba convencido de la falsedad de la escena.

No sé si ella me oyó o no. Ni si tuvo intención de obedecer. Los platos empezaron a volar desde la alacena, estampándose contra las paredes y haciendo saltar esquirlas por todas partes. Los trozos de cristal se clavaron en mi piel y en la de Loreto que trataba de protegerse el rostro sin dejar de gritar e incapaz de sustraer su mirada del avance del supuesto fantasma que avanzaba como una furia brillante hacia ella.

La mano del monstruo se tendió hacia el cajón de los cubiertos y empuñó un cuchillo que nunca había estado allí. Mientras, el resto de la cubertería saltó por los aires, movido por una fuerza sobrehumana. Cucharas y tenedores golpearon contra la pared y el suelo, pero varios cuchillos se arrojaron de punta contra las paredes, clavándose profundamente en el yeso y los ladrillos que había detrás. Con tan mala fortuna que uno de ellos, el más grande y afilado, se lanzó en pos del pecho de Loreto, el cual alcanzó y hendió como si fuera mantequilla. El gesto de la psiquiatra pasó del miedo a la sorpresa y la incomprensión en una fracción de segundo. Sólo tuvo tiempo de mirarme tendido en el suelo, intentando levantarme y protegiéndome con los brazos de la lluvia de esquirlas, cubiertos y muerte.

Entretanto, el espectro, empuñando el cuchillo fantasma, lo acercaba a su cuello y lo rasgaba como si fuera un cochino, derrumbándose sobre el suelo conforme enormes chorros de sangre se llevaban su vida. Cuando se desplomó, su mirada quedó vidriosa. A su través se podía ver el dibujo de las baldosas en el suelo.

Entonces quise reaccionar.

-¡Loreto! –grité, más confuso que realmente espantado.

Me acerqué a ella, que estaba sentada en el suelo, con las piernas estiradas, la espalda apoyada en la pared y una mirada vacía en los ojos, clavada al muro por aquel enorme cuchillo cuyo mango sobresalía de su pecho, que intentaba todavía elevarse, pugnando por conservar el último hálito de vida.

-Era verdad, Roberto –murmuró sin mirarme, mientras la vida escapaba finalmente de su cuerpo con un leve reguero de sangre desde la comisura de sus labios y su mentón descendía inerte sobre su pecho.

-No, no es posible –empecé a mascullar entre lágrimas mientras una de mis manos acariciaba su rostro y la otra trataba de extraer el maldito puñal.

Apenas fui consciente entonces de los horribles gritos a mi espalda. Gritos de la mujer al descubrir al padre muerto sobre un charco de su propia sangre. Gritos y risas nerviosas cuando se levantó y el olor de cera quemada cuando reapareció con el candelabro encendido y un quinqué que arrojó contra el suelo. Luego prendió el petróleo y se sentó en el centro de la sala, sobre el suelo y sujetando en su regazo la cabeza del padre muerto. Un chisporroteo extraño me sacó de la obnubilación. Un cortocircuito y una chispa habían prendido el sofá de plástico y grandes llamaradas comenzaban a ascender hacia el techo, crepitando amenazadoras.

Mis alucinaciones tenían tal realismo que despertaron, inútilmente, mi propio instinto de supervivencia. Intenté extraer el cuchillo del cuerpo de Loreto, para sacarla de aquel infierno antes de que se abrasase. Poco me importaba que fuera parte de la alucinación. Poco me importaba que estuviera muerta. Pero no pude arrancarlo, clavado como estaba a la pared. Entonces, tosiendo y confuso, me levanté y me acerqué a la puerta mientras las llamas crecían hasta envolverlo todo. Escapé y eché a correr escaleras abajo, con los ojos llenos de lágrimas, no sé si provocadas por el humo o el dolor.

Quizá lo mejor habría sido que yo me consumiera en aquel incendio. Yo lo había causado, igual que la muerte de Loreto. Si hubiera muerto allí, habría pagado mi crimen. Y poco importa que el asesino no fuera yo realmente, sino mi locura o la enfermedad. Era mi locura, era yo el loco, era mía la responsabilidad.

Poco después llegaron los bomberos y la policía. Y yo estaba sentado en un bordillo de la acera, llorando, cubierto de sangre y ceniza, sin saber qué hacer, balanceando mi cuerpo adelante y atrás como el loco que era, intentando separar lo real de lo falso, intentándome convencer de que nadie había muerto. Pero luego se vio que Loreto sí estaba muerta y apuñalada. Se vio que el incendio no fue provocado por mí. Un cortocircuito. Una casualidad que unida a mi loco relato llevó a algunos aprovechados a sacar a colación una historia de fantasmas y casas embrujadas. Mi piso estaba maldito, decían. En él se produjeron terribles hechos en el pasado. Por él pululaban extrañas presencias. Había estado abandonado durante años y, pese a las sucesivas reconstrucciones, una y otra vez sus ocupantes habían escapado de él asustados y confusos, y nuevos incendios lo habían vuelto a destruir en cada ocasión. Ésta, decían, era la última prueba de la maldición. Y algunos crédulos lo creyeron. No yo. Yo sabía de mi locura. De mi peligrosidad que había querido ocultarme. Mis huellas sobre el cuchillo desaparecieron con el fuego, pero la sangre de Loreto y no otra seguía manchando mis ropas y formaba en la palma de mi mano el dibujo de la empuñadura del cuchillo. Yo, yo y nadie más, un loco esquizofrénico enamorado de su psiquiatra y que creía haber superado su problema fui el responsable de su muerte, aunque no pueda recordar sus antecedentes ni razones y mi mente perturbada haya inventado una historia absurda para justificarla.

Estoy detenido, cómo no. Seré juzgado y sospecho que me encerrarán en un psiquiátrico. Pero ése no es castigo suficiente. Merezco morir y, si fuera lo bastante valiente para ello, me quitaría la vida. Sé que tarde o temprano volverán a darme la medicación y entonces seré otra vez poco más que un vegetal. Así será mi vida desde entonces y quizá algún día, si llego a recuperarme, me soltarán y volveré con mis padres, si están vivos, o quedaré a cargo de la beneficencia o a mi libre albedrío. Y tal vez entonces no recuerde este dolor y yo mismo me justifique tras mi enfermedad. Pero no ahora. Por eso aprovecho estos días terribles de espera y dolor para escribir mi historia, para que nadie pueda negar mi locura o mi culpabilidad y para que, cuando yo sea un tonto inconsciente que no recuerde sus crímenes, quede memoria de mi inútil arrepentimiento y

de que, aparte de mi locura, también tengo todavía un resto de humanidad que me hace aborrecer todo lo que ha sucedido y el crimen monstruoso que cometí, quiéranle buscar o no atenuantes los que me rodean.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CHAMANES

Los ulganasi se han escondido tradicionalmente en lo más recóndito de las selvas peruanas, entre las nubes y nieblas de las estribaciones andinas. Por eso son poco conocidos.

Son peculiares. Pero tampoco únicos. Y, si alguna de sus costumbres nos resulta particularmente llamativa, se debe más bien a que nosotros hemos perdido la visión mágica que durante eones ha impregnado el mundo de los hombres, mientras que ellos aún la conservan.

Digo esto porque pretendo hablar de sus chamanes. Que nos resultan extraños y nos hacen pensar en la presencia de la superstición y el mito tras el afán curativo. Pero los ulganasi, que ahora nos parecen tan extraños, no lo son tanto, y menos aún si los consideramos en su contexto. La tribu ulganasi no ha sido la primera en considerar a la locura un don divino. Ni tan siquiera son los únicos que mantienen esa creencia. Posiblemente tampoco sean los últimos en conservarla. Más que una cuestión cultural, la conservación de tales ideas chamánicas en este mundo en perpetuo avance tecnológico e imparable decadencia social tendrá más que ver con la supervivencia y la extinción de varias etnias que con una verdadera evolución cultural de sus integrantes.

Para los ulganasi, como para muchos pueblos primitivos, la medicina no es una cuestión tanto del cuerpo como del alma. El mal de ojo (la pagaramna) y la presencia de espíritus maléficos y benéficos (ataramna y ulgaramna), explican por sí solos la enfermedad y su profilaxis. El contacto con el mal, en cualquiera de sus formas espirituales, ocasiona la pérdida de la salud. Incluso los accidentes o las heridas de guerra, igual que la falta de caza o la sequía, son obra de los espíritus maléficos irritados (ata ataramna). Para apaciguarlos y

atraer la influencia de los espíritus benéficos, se honra a los antepasados, que son los que mejor pueden interceder por los hombres, y a las víctimas, cuyo sacrificio debe ser siempre expiado con ulteriores sacrificios, siempre en honor de las fallecidas en holocaustos anteriores. Se realizan rituales propiciatorios, se ejecutan gestos ancestrales que atraen la buena suerte, identificada con el bien supremo (ulga ulgaramna) y se pronuncian las palabras mágicas y las de sabiduría.

Los rituales propiciatorios están llenos de misterio y magia. En las fiestas rituales se consumen drogas, bebidas, mascadas o inhaladas, que acercan al mundo espiritual, y los dioses y los espíritus hablan por boca de sus elegidos. A los elegidos, los ulganasi los toman por chamanes. Quién es un elegido no es decisión propia del individuo sino de la comunidad. Y a sus chamanes nosotros los llamaríamos dementes a unos y deficientes a otros pero, para los ulganasi, la locura es sólo el signo de haber sido tocados desde el más allá. Por eso las curaciones de los ulganasi las realizan sus locos y sus idiotas. Que aprenden sus funciones de otros locos que les enseñan, según sus capacidades o incapacidades, en función de sus neurosis o sus deficiencias. Por eso la ciencia chamánica de las tribus es tan variada como las locuras de sus chamanes. Es una "ciencia" individual y mutable. Pero a nadie extraña que cada brujo tenga sus recetas y cambie a su antojo las heredadas de sus antecesores, porque por cada chamán hablan los espíritus, que son tan variados y volubles como los humanos. Así, haga lo que haga, por absurdo o carente de significado que pueda parecer, siempre se respeta al chamán, mensajero del misterioso más allá, extraño, por principio, a la mente humana. Sólo al alcance del loco, que no se sabe si contacta con los espíritus por su locura o enloquece por haber contactado con los espíritus.

La locura es don divino, y nadie pone en duda las cualidades del tocado por los dioses. Así, sea cual sea su taradura, cada brujo es respetado por los suyos, que lo obedecen sin rechistar, convencidos de su poder. Bien es cierto que casi todos, en la medida en que llegan a ser conscientes de sus supuestas virtudes, ejercen sus funciones curativas y religiosas alternando algún acto propio de lo que de él

tiende a esperarse con una multitud de locuras que, inevitablemente, arrastran al resto de la tribu, obligada por la voz de los espíritus.

No es raro que los primeros exploradores los pensasen locos o bobos. Que otros los describan como incomprensibles y que, en todo caso, haya resultado, hasta nuestros días, tan difícil influenciarlos por las corrientes que, pomposamente, nos empeñamos en considerar "civilizadoras". ¿Por qué habrían de cambiar sus locuras divinas por las locuras humanas que llegan del exterior, tan absurdas en apariencia como las suyas y carentes de la inspiración del mundo de los espíritus?

Euforia de Lego

A LA FELICIDAD POR LA IGNORANCIA

Es fácil y común confundir la estupidez con locura. A veces, los que caen en tal error no andan tan desencaminados como pueda parecer, sobre todo cuando la estupidez es consciente y escogida. Algo muy común en nuestros días, aunque en absoluto admitido, y que convierte al bobo en loco suicida.

Es muy respetable, y perfectamente razonable, que cada cual busque la propia felicidad. Pero es triste ver a tu alrededor cómo son muchos –uno tiene la sensación de que cada vez son más- los que pretenden hacerlo evitando todos los problemas y complicaciones, quedándose al margen de todo aquello que resulta peligroso, extraño o difícil. Es como si pensaran que, quedándose al margen de los hechos, éstos no les tocarán a ellos. Como se supone, por más que sea falso, que suele hacer el avestruz ante los problemas, escondiendo la cabeza pensando que con ello la complicación desaparece.

Es una estupidez, que ronda la locura, pretender que la ignorancia del problema y la huida son solución para nada, como si uno pudiera quedarse en salvo cuando llueve por el mero hecho de no mirar el chaparrón que cae.

Muchos deciden, o dejan que así sea, sin usar siquiera de un simple ejercicio de voluntad, mantenerse voluntariamente ignorantes de todo, ser manejables y hasta, consciente o inconscientemente, idiotas como forma de evitar los problemas. Si el mundo en el que viven se les vuelve complicado y amedrentador, mejor evitar los

problemas –o hacerse esa ilusión- ignorándolos o negando su existencia. Hay quien practica el peligroso ejercicio de buscar la felicidad a través de la más supina ignorancia. Al margen de que sea mucho suponer verdadera esa supuesta felicidad del estúpido, del que no se entera ni se preocupa, el caso es que, como al que ignora el chaparrón, puede ser que luego los problemas le lluevan de una vez. La estupidez y la ignorancia no son un paraguas adecuado para salvaguardar la propia vida y la sensación de felicidad. Suele ocurrir que el endeble paraguas se nos rompe y luego nos caen todos los problemas de una vez, haciéndose aún más complejos y, tal vez, insolubles.

Muchos dicen envidiar a esos tontos que no se enteran y viven alegres en su ignorancia, a la que llaman bendita. Pero, ¿qué tienen de envidiables esos tontos felices que están alegres por vivir en una situación precaria de la que no son conscientes? Si hay problemas, mejor tratar de solucionarlos, coger al toro por los cuernos o, por lo menos, intentar enfrentarlos. ¿De qué sirve la idiotez acomodaticia? La inactividad, la indolencia, la pasividad, la autocomplacencia son sólo signo de ceguera. Y poco sentido tiene que el ciego se sienta feliz en su ceguera, como si fuera una virtud o una ventaja. No lo es y debe asumirse, y tratar de superar las limitaciones que conlleva. Igual que los problemas. Esa estupidez, si es consciente, se convierte en locura. En incapacidad. Y su portador es un tipo lamentable que prefiere cerrar los ojos, negar la evidencia y poder seguir en su mundo ramplón de bobería en vez de tratar de elevarse sobre sus limitaciones y, por lo menos, no poner el culo en pompa cuando alguien más listo que él trata de utilizar su estupidez en su provecho. Porque nuestro mundo no es fácil, ni sencillo, y siempre habrá quien aproveche nuestra debilidad y aún más nuestra estulticia. Llegar a la felicidad por el camino de la ignorancia no parece un buen atajo. Y da lástima ver como en nuestro mundo que tanto favorece el hedonismo, la complacencia y lo trivial, son muchos los que –quizá movidos por la moda, la publicidad o la propia educación- abrazan esa felicidad ignorante mientras son manipulados y dirigidos por otros más listos y menos escrupulosos que saben convertirlos en corderos y obtener, con su ayuda o su tácito consentimiento, el calculado beneficio que habían previsto, aun

sabiendo que no les proporcionará la felicidad ni tan siquiera su sombra.

¿A la felicidad por la ignorancia? Prefiero creer otros cuentos más hermosos y más realistas como el de Hansel y Gretel o el de Blancanieves, con sus buenos, sus enanitos amables y sus brujas malas. La estupidez y la ignorancia pueden facilitar, al menos momentáneamente, la existencia, pero ignorar los problemas sólo priva de libertad y conduce al desastre en un mundo tan competitivo como éste en el que vivimos, lo cual no hace de su búsqueda de felicidad una decisión respetable sino una simple locura suicida.

Juan Luis Monedero Rodrigo

HALO DE LOCURA

¿Por qué siempre se contagian la estupidez y la locura –salvo la genial- y nunca la inteligencia? Será que al bobo puede asemejarse cualquiera y la demencia está al borde de cualquier mente, pero la inteligencia, tantas de sus formas, se posee o no y, por más que se pretenda, no puede transmitirse como un virus o un ataque de histeria. Prefiero al inteligente. Tolero al loco. Aborrezco al estúpido y le tengo lástima. Será parte de mi locura.

El temible burlón

TOCINET

Hay tanto chalado suelto que no resulta fácil hablar de uno que sea tan notas como para destacar. Por eso, cuando me enteré del tema de la revista, no sabía muy bien qué poner. Porque locos hay que reconocer que los conozco a patadas y, si me pongo en plan pretencioso, podría decir que yo estoy lo bastante flipado como para presentarme como modelo y ejemplo. Pero, como creo que cada cual tiene sus locuras y no quiero andar señalando con el dedo a tipos bien tarados que muchos ya conocéis –y al buen entendedor…- creo que os voy a contar una historia de cuando yo era un chaval.

A estas alturas ya no sé si es cierto o se trata de una de esas leyendas urbanas que por ahí pululan. A mí, de crío, me lo

contaron como cosa cierta y el chiflado en cuestión había anunciado sus intenciones en mi presencia así que, aunque yo fuera un crío y, equivocadamente, se me suponga ingenuo e inocente –yo más bien era entonces tan capullo como ahora, aunque un poco más bestia y bastante más gilipollas, lo cual es mucho decir-, estoy por creerme la chorrada porque, al menos, me parece divertida. Y da una nota de color en la existencia de un muchachote memo y raro que no ha dejado otra huella de su paso por este mundo. Y, dicho esto, voy al asunto:

Yo, de chico, veraneaba en Port de la Selva, en la Costa Brava. En realidad, como mi padre ya estaba forrado por entonces y yo era todo un hijo de papá, pues veraneaba por mogollón de sitios, pero siempre solía pasar un par de semanas por allí, en un chaletorro de la playa.

La cosa era un poco coñazo. Porque, estando de vacaciones, mis padres se empeñaban en llevarme a nadar y me tenían más vigilado de lo habitual. Como, además, por allí todo era gente bien –no habrían permitido que yo me relacionara con otro tipo de gente-, los críos, todos muy pijitos y modositos, eran un muermo. No obstante lo cual, solía quedar con una pandilla a la que, a partes iguales, tomaba el pelo y escandalizaba haciendo el salvaje.

Entre aquellos petardos había un crío especialmente soso al que todos llamábamos Tocinet, porque era catalán, su padre tenía una fábrica de embutidos y el tío estaba gordo como una vaca, con unas proporciones impensables en un chaval de diez o doce años.

El tío era lerdo, más incluso que los demás compañeros de vacaciones. Y siempre andaba triste y pensativo. O parecía pensativo, porque luego, hablando con él, solía demostrar la inteligencia propia de una esponja o un cardo borriquero.

El caso es que un día, cuando todos nos contábamos nuestros sueños, él dio la nota a base de bien. Creo que se arrepintió al instante de haber sido tan sincero. Unos decían que querían ser abogados, otros ingenieros, alguno deportista, otro médico, algunas niñas concienciadas querían ser profesionales liberales y liberadas, varias querían ser princesas y un par de listas "mujeres de", para vivir de gorra. Yo, cuando me tocó, me tiré el moco y dije que deseaba ser

presidente del gobierno o, en su defecto, papa de toda la cristiandad, concretamente –aunque no apreciaron el detalle- el último según las profecías de Malaquías. Cuando le llegó el turno al Tocinet, dijo que quería ser empresario como su padre. Luego se lo pensó y, en un arranque de coraje, admitió que, en realidad, tenía otro sueño. Quería ser joven para siempre, estar en paz, tranquilo y sin que nadie le molestase. Hasta ahí rarito, pero dentro de lo normal. Ahora que el acabóse y las risotadas vinieron cuando el colega explicó cómo deseaba alcanzar ese beatífico estado.

-¡Jo, me molaría convertirme en un embutido! En un jamón salado, tan rico, y conservarme para siempre, sequito y estirado.

Como el tío estaba chalado, nosotros nos descojonamos a su costa pero, más sorprendidos que espantados, no dejamos de animarle, diciendo que era muy divertido y que ojalá lo hiciera. Quien más quien menos pensó que era broma. Sólo que nadie había oído nunca bromear al Tocinet –realmente no recuerdo su nombre, ni si acaso alguna vez lo supe-, ni tampoco reír los chistes ajenos, como si no los cogiera. Yo me sospechaba que el tío era un obtuso, y tras aquella chaladura, que me pareció la par de divertida, deduje que estaba más ido de lo que todos suponíamos.

Y claro, la gracia, o el morbo del asunto, vino a la temporada siguiente, cuando todos volvimos al Port de la Selva y el Tocinet no estaba, aunque varios decían haber visto a sus padres, que iban de luto. Y alguien, no recuerdo quién –sé que no fui yo, por más que me hubiera gustado inventarlo y, si se me hubiera ocurrido lo habría afirmado sin dudar, no seáis mal pensados-, dijo que el Tocinet había muerto y que lo había visto seco y saladito como la mojama. Alguien dijo que el Tocinet se había enterrado en una montaña de sal para cumplir con su sueño. Que se había ido secando y deshidratando en un desván, como si fuera un secadero de jamones.

Yo entonces me imaginaba al Tocinet como una momia egipcia pero en rechoncho, con los brazos cruzados sobre el pecho, envuelto en su montaña de sal, secándose y encogiéndose, sin que nadie lo echara en falta -¡quién lo iba a echar de menos!, ¡ni sus padres!-, muerto feliz, sequito y salado, convertido en un jamón bien curado y con la cara de cerdito del niño.

Quién lo dijo lo haría como broma. Pero todos nos quedamos convencidos de la veracidad del asunto. Nadie pensó que fuera falso y aun ahora me acuerdo del Tocinet, que no sé realmente si murió o lo encerraron, para no verlo, en algún oscuro internado o lo mandaron al extranjero, o adelgazó y nadie lo reconoció, o hasta se volvió listo entre tanto gilipollas. Me da igual. Incluso ahora imagino al Tocinet muerto y envuelto en sal. No por una enfermedad o un accidente, sino llevando a término su suicidio artístico y gastronómico. Y me viene una sonrisa a la boca.

¡Ay, Tocinet! Si estás vivo me alegraré, idealmente, por ti, pero no te pongas en contacto conmigo para decírmelo. Prefiero recordarte no como el amigo que nunca fuiste, como el niño al que ni siquiera llegué a aborrecer –sólo aborrecemos lo que nos interesa o afecta, y tú no alcanzaste en mi escala tal valor- o como un adulto vagamente semejante a aquel niño. Prefiero mantener tu imagen bajo montañas de sal, sobre una mesa o colgado de un gancho del techo, curado y seco como un jamón, mucho menos apetitoso pero más divertido, momia eterna de cecina humana.

Sergi Lipodias

CARTAS AL DIRECTOR

(estaba en el limbo, pero la iglesia duda ahora de que exista tal estado para las almas, así que lo hemos perdido)

LA VERDAD Y LA IGNORANCIA

Retomo la pluma para manifestar públicamente mi indignación ante una campaña publicitaria tan estúpida como engañosa, muestra de esa supina ignorancia que, en un artículo de esta revista que me ha resultado especialmente interesante, se identifica con camino para la felicidad. Si es así, nuestras gentes están camino de la dicha eterna. Con la ayuda de los publicistas, será aún más fácil.

Yo, que escribí ese glorioso manual en setecientas doce páginas titulado "El centollo, ese gran desconocido", que la editorial Planeta se negó a publicarme con la barata excusa de que no incluía

recetas de cocina, me veo en la obligación de ridiculizar la campaña publicitaria, bastante estúpida de por sí, de una compañía multinacional que, como reclamo para su producto, llama la atención sobre un monstruoso "centollo de ocho patas". Para empezar, el animalito representado era un buey de mar y no un centollo. Pero, aunque he sabido que ese aspecto ha sido rectificado tras pertinente reclamación de los mariscadores, debo añadir que la ignorancia era más profunda por cuanto que el animal era identificado como propietario de ocho patas o extremidades, cuando cualquier persona medianamente informada sabe que nuestro birrámeo amigo el crustáceo se clasifica dentro de la categoría de los decápodos que, para los bobos que no saben contar, son animales de diez patas.

¡Ay, señores míos! Si no saben no hablen. E infórmense a través de los eruditos especializados en el tema. En otra ocasión consúltenme o pídanme una copia de mi sesuda monografía al respecto. He dicho.

Gazpachito Grogrenko
(supersabio y especialista en crustáceos malacostráceos
y el punto de arroz con bogavante)

EL ASUNTO PLÚMBEO

No es por descargar de culpa a la maldad humana, pero debo hablar aquí de una forma de locura ajena a la propia voluntad de los más acérrimos seguidores de Satanás que, desde tiempo inmemorial, ha causado grave perjuicio a la humanidad.

No todo el mundo conoce que la principal causa de la decadencia del otrora poderoso Imperio Romano y su posterior caída ha de buscarse en la química, la alfarería y la enología. No voy aquí a afirmar que parte de esa decadencia no se debiera al egoísmo, la falta de fe y el puro hedonismo de muchos gobernantes e infinitos miembros del pueblo llano. Pero está comprobado que todos ellos tuvieron en su locura la ayuda del peligroso vino como causante de parte de su mal. Si el vino en sí ya es pernicioso por nublar la razón, no menos perjudicial resultaba su envasado en aquellos incultos tiempos: las vasijas y tinajas, las ánforas donde se guardaba, estaban

esmaltadas y cubiertas con plomo para evitar su pérdida. No sabían aquellos incultos que el plomo es tremendamente tóxico y causa del saturnismo que provoca locura, ceguera y hasta la muerte. Conque el consumo inmoderado de vino que se estilaba en aquellos tiempos entre todas las clases sociales y en particular por los indolentes nobles y patricios, con el emperador a su cabeza, sólo favorecía la contaminación plúmbea que provocaba locura en los gobernantes y conducía a la ruina. ¿Cómo explicar, si no, que un gobernante bondadoso y prudente como era el Nerón de los primeros años de su gobierno se convirtiera en el lunático que participaba como cantor en los Juegos Píticos o prendía fuego a la imperecedera Roma al son de su cítara, o lira, según tradición? ¡Ah, cuántos buenos cristianos pagarían con su vida las consecuencias de su demencia! ¿Cómo explicar los excesos de Calígula en sus orgías y fuera de ellas?

Y, ¿qué tiene que ver con nuestros tiempos tal circunstancia?, se preguntará algún lector curioso, para que yo la saque a colación. ¡Ay, mis ingenuos lectores! Mucho más de lo que se puede suponer. Al margen de las semejanzas sociales, de desorden y búsqueda desenfrenada del placer, la química sigue presente, subyacente en todos esos comportamientos inapropiados. La decadencia de nuestros días, la maldad de nuestra gomorrea sociedad, tiene sus raíces hundidas otra vez en la química del plomo y su nefanda influencia.

¿Acaso olvidamos que durante casi un siglo nuestras gasolinas han contenido plomo que, al arder, llenaba nuestra atmósfera con sus nocivos vapores, hasta alcanzar concentraciones muy superiores a las tolerables? ¡Que le pregunten a esa empresa multinacional, llamada Ethyl Corporation, por los efectos de los gases sobre sus empleados y sobre sus crecientes cuentas económicas! Y de poco sirve que, en ciertos países, se haya prohibido o restringido su uso. El mal ya está hecho y nuestro aire polucionado portará los nocivos vapores durante mucho tiempo. ¿Cómo ocultar entonces la evidencia? ¿Quién puede negar que las aberraciones del nacionalsocialismo o del estalinismo no nacen de la base de esos incrementos plúmbeos? La población general del planeta está en peligro, respirando sin descanso los óxidos de plomo que provocan el saturnismo, traducido en locura globalizada. ¡Así está el mundo! Con sus gobernantes enloquecidos, los respetables

empresarios transformados en hienas y nuestros jóvenes desquiciados. ¿Qué futuro nos espera? El del caos, el armagedón, el Juicio Final. Y no hay esperanza. No debemos olvidar las tendencias pecaminosas del hombre, que sólo son exacerbadas por el tóxico. El fin del mundo se acerca y cada cual obtendrá lo que se merece, tal y como auguran para nuestro tiempo las profecías de San Malaquías y del menos conocido Cucufato de Bragamonte, mi antepasado por parte de suegra.

¿Qué hacer, hermanos míos? Las gentes pías y respetuosas del orden divino que todavía nos resistimos a las tentaciones y la polución, sólo podemos mantenernos unidas y rezar, mientras intentamos que los pecadores se arrepientan de sus malas acciones y puedan contarse en el número de los santos que alcanzarán la salvación cuando todo este mundo de falsedad y apariencia se hunda en su propia podredumbre. ¡Ay, amigos míos, qué difícil es mantenerse fiel a la tradición cristiana en este mundo enloquecido por las mentes enfermas y las nefastas consecuencias de una industria fascinada por la riqueza! Pero tranquilos, el Señor premiará nuestros cuidados y abrasará en el fuego eterno expiador a todos aquellos infames que ahora campan por sus respetos y parecen ser los amos del mundo.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

EPÍLOGO

Terminamos el número sin una sola pizca de sensatez en nuestras cabezas, tan enloquecidos como algunos de nuestros personajes. No es por el esfuerzo. Tal vez ya estábamos locos antes de empezar. Es muy probable que así sea. Pero también es cierto que nos vemos imbuidos de esa locura liberadora que supone dejarse llevar, cortar las inhibiciones y limitaciones. La locura tiene su magnetismo. A veces uno siente deseos de dejarse enloquecer. ¡Parece tan sencillo! Aunque, bien mirado, tal vez sea tremendamente difícil. Es más que probable que todos estemos locos, instalados en una locura personal e intransferible que nos hace ser quienes somos, únicos, originales, nosotros. No hace falta ser un genio para estar loco. No hace falta estar loco para hacer locuras. Quizá sea necesario

enloquecer para encontrarse, como hizo aquel loco universal que siempre existió aunque nunca por el nombre que se le conoce. Dejarse llevar por la locura para poder sobrevivir y luego, cuando uno va a morir, volver a la cruda realidad. Morir para conocerse. Lo cual parece positivo. Pero es bien triste, porque abandonar la locura significa aceptar la decepcionante realidad y caer en el grisor. Aunque también hay locuras grises y hasta negras, que envuelven en sombras a su portador. Y son las más frecuentes y las más profundas. Así las cosas, ¡bendita locura indolora la del lunático soñador dispuesto a enfrentarse a inexistentes gigantes! O acaso los gigantes siempre hayan estado allí y el error sea confundirlos con molinos y sentirse falsamente tranquilo en su presencia.

EL PUNTO Y FINAL

Hemos terminado nuestra segunda decena y llevamos más de un decenio con esta locura soñadora que tan entrañable nos parece. Y seguiremos con ella durante el tiempo que podamos y el que nos permitan vuestra imprescindible atención y el impagable apoyo que supone vuestra colaboración como lectores y partícipes. Gracias a todos por querer compartir nuestros demenciales pensamientos, por sugerirnos nuevas locuras y por proporcionarnos la satisfacción de vuestros oídos, vuestros ojos, vuestras mentes y vuestra inestimable compañía. Os guste o no lo que aquí aparece, compartáis o no ideas y locura, gracias a todos por estar ahí. Si tuviéramos director sería él quien, uno por uno y en persona, os estrecharía la mano en prueba de agradecimiento y amistad. Lo de premiar a lectores atentos con suscripciones, viajes al mar o promociones comerciales, lo dejaremos, por el momento –y de modo indefinido- para publicaciones con más enjundia o menos pundonor que la nuestra. Pronto volveremos con nuevas chaladuras.

Gracias por su colaboración a: José Palomo, por su espléndida portada, al inefable P.A.M.213, al no menos infalible El temible burlón, al misterioso Nox y, de antemano, a todos los tímidos que aún no os habéis atrevido a escribir y estamos seguros de que en el próximo número os lanzaréis a contarnos vuestras ideas u opiniones.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.